

Desde, los márgenes

«El pueblo unido
jamás será vencido».
Sindicatos
y cultura obrera



EN CUERPO Y ALMA



Intendencia
Montevideo



asm

ARCHIVO
SOCIEDADES
EN MOVIMIENTO

Desde, los márgenes

«El pueblo unido
jamás será vencido»
Sindicatos
y cultura obrera



Intendencia
Montevideo



asm

ARCHIVO
SOCIEDADES
EN MOVIMIENTO

Intendente de Montevideo: Carolina Cosse

Secretaría general: Olga Otegui

Asesoría de Desarrollo Municipal y Participación:
Federico Graña

Departamento de Cultura: María Inés Obaldía

Equipo 300 años de Montevideo: Ana Acosta, Mauricio Bruno, Ximena Caporale, Ana De Rogatis, Natalia Díaz, Leonardo Fossatti, Rodrigo Mesa, Soledad Moreira, Miguel Pereira, Lía Perez, Leonardo Pintos, Jeaninne Vera

Coordinación académica: Diego Sempol (Archivo Sociedades en Movimiento, Universidad de la República)

Corrección y diagramación: Nairí Aharonián Paraskevaídis

ISBN: 978-9974-906-49-5

© Les autores, 2024

© Las y los fotógrafos, 2024

© Intendencia de Montevideo, 2024

Imagen de portada: Congreso del Pueblo. diario *Época*, 13/08/1965, portada.

Contenido

Prefacio	
Diego Sempol	6
El Congreso del Pueblo. Experiencias, movimiento y expectativas	
Ramiro Bosca	10
Trabajo, protesta y comunidad. Una aproximación al sindicalismo frigorífico	
Lucía Siola	32
Transformaciones globales, efectos concretos. Reflexiones a partir del problema de los accidentes laborales en la industria ferroviaria durante la última dictadura uruguaya	
Sabrina Alvarez	48
Cristalerías del Uruguay: vidrio, resistencia y solidaridad	
Federico Vasallo	70
La Aurora, pulso textil de Capurro	
Federico Vassallo	74

Prefacio

Diego Sempol

Los sindicatos hunden sus raíces en el siglo XIX y desde entonces fueron articulando además de un perfil fuertemente ideológico e internacionalista una mayor capacidad de respuesta y articulación por sobre sus diferencias y conflictos. Gran parte de los derechos laborales y de las mejoras de los sectores trabajadores responden, entre otras cosas, a su persistente lucha, a la acumulación histórica de conquistas y a la gestión exitosa de espacios de participación que los volvieron actores centrales en la política uruguaya.

No es casualidad que durante la crisis de los sesenta fuera la Convención Nacional de los Trabajadores la que convocara al Congreso del Pueblo, un punto crítico de articulación y construcción de una agenda de lucha y transformación que ha sido hasta el momento muy poco analizada. A sesenta años de su concreción, era importante avanzar en su historización y significados.

Otro asunto clave que aborda este volumen es la situación de los sindicatos durante el período dictatorial y, a partir de un estudio de caso, el análisis de cómo la inhibición de las respuestas colectivas expuso como nunca a las y los trabajadores a recortes y facilitó los procesos de acumulación capitalista.

Finalmente, el fascículo incluye algunos acercamientos en clave de género y desde una mirada con su centro en la cultura obrera, buscando reconstruir la cotidianeidad de ciertos entornos fabriles para visualizar cómo sindicatos, trabajo y ocio se articulaban en lo local.

En un momento histórico en el que proliferan los discursos antisindicales, las acusaciones de corporativismo y de supuesta *excesiva politización*, recuperar del olvido estas escenas permite poner en valor el peso de la acción colectiva obrera y su impacto en la vida de miles de personas.

“LUCHAMOS PARA QUE LA PATRIA SEA DEL PUEBLO”



A este Congreso concurrió el pueblo porque hay crisis y porque el pueblo quiere solucionarla, porque para solucionarla está dispuesto a luchar contra sus causas y sus beneficios, y barrerlos, si es preciso, porque ésta no debe ser patria de la miseria sino de los orientales.

época

Congreso del Pueblo.
diario Época, 13/08/1965,
portada.

El Congreso del Pueblo

Experiencias, movimiento
y expectativas

Ramiro Bosca

El Congreso del Pueblo, que se desarrolló en 1965 bajo el auspicio del movimiento obrero organizado en la primera Convención Nacional de Trabajadores (CNT), se ha instalado en el imaginario social como uno de los principales hitos del movimiento sindical y social uruguayo. Su relevancia simbólica se percibe en el hecho que en los últimos cuarenta años se ha propuesto su reedición en tres ocasiones (1985, 2008, 2023), de las cuales se convocó efectivamente en las dos últimas. Sin embargo, la importancia que tuvo para estos movimientos, no ha tenido correlato en la academia, donde las investigaciones son escasas. Si bien se ha abordado por trabajos que estudian períodos más amplios o temas que lo atraviesan (Alonso y Demasi, 1986; Broquetas, 2008; Caetano, Marchesi y Markarian, 2022; Cores, 1997; Demasi, 2004; D'Elía, 1969; Leibner, 2012; Salsamendi, Zapirain y Zubillaga, 2017), solo un estudio refiere específicamente al Congreso del Pueblo y es *El pueblo delibera: el congreso del pueblo veinte años después* (Ponce de León, Schelotto y Siri, 1985), una recopilación de prensa, documentos y memorias. El resto de las investigaciones se centran en el programa y en los resultados de la instancia, y destaca las continuidades que alcanzan al presente desde el que se escribe, con especial foco en el programa, que vinculan con las plataformas programáticas

fundacionales de la CNT en 1966 y del Frente Amplio (FA) en 1971.

A casi sesenta años del congreso es poco lo dicho sobre los significados que tuvo en el momento de su preparación y desarrollo. Este artículo intenta poner el acento precisamente en el contexto de 1965, recogiendo voces de quienes lo promovieron y simpatizaron con él.

Las *subjectividades* de un tiempo histórico son resultado de la forma en que se tramitan y articulan pasado, presente y futuro. El significado de un hecho o de un concepto deriva, por un lado, de las experiencias vividas y actualizadas por la memoria en un tiempo que Reinhart Kosellek (1993) denomina «presente-pasado», y, por otro, de las expectativas como expresión de los imaginarios sociales que atraviesan el momento, en lo que el mismo autor denomina como tiempo *presente-futuro*. De la conjugación y las tensiones entre estos tiempos, de la porosa relación entre experiencia y expectativa, memoria e imaginario, surge el «magma de significaciones» (Castoriadis, 1990) que denominamos *subjectividades*, que les dan significado a los hechos y conceptos en un espacio y un tiempo histórico específico. Por tanto, siguiendo a Kosellek (1993), el significado del Congreso del Pueblo en 1965 para el movimiento sindical y social sería el resultado de la particular articulación del entramado

entre memoria, ideología, coyuntura, imaginación, oportunidad política e identidad. Un producto singular derivado de la articulación de estas dimensiones y los marcos propios de ese tiempo histórico. Nuestra propuesta se centra en trabajar sobre el *espacio de*

experiencia y el horizonte de expectativas (Kosellek, 1993) sobre el que se constituyó el congreso, para presentar indicios de lo que este significó para el movimiento sindical y social en aquel año.

Hacia el final del *Uruguay feliz*

La década de 1960 en Uruguay se presenta como momento de ruptura; tiempo de crisis económica, social y política que puso fin al imaginario social del *Uruguay feliz* asociado con formas de gobierno consensual, la democracia política, el poder estatal como mediador en los conflictos de la sociedad y la educación como factor de ascenso social (Alonso y Demasi, 1986; Caetano y Rilla, 1994, 1996).

El estancamiento de la producción agrícola y el agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones como consecuencia de modificaciones en la coyuntura internacional en detrimento de las condiciones que posibilitaron el desarrollo

del modelo (Finch, 2005) generaron una crisis económica a mediados de la década de 1950. A esta realidad, a partir del gobierno del Partido Nacional de 1958, se le sumó la instalación de perspectivas neoliberales a partir de la afiliación del gobierno al modelo fondomonetarista que reforzó los lazos de dependencia política y económica y cargó sobre los sectores populares el mayor peso de la crisis.

La política económica desarrollada por el gobierno blanco apuntó a la liberalización de la economía, dejando de lado el dirigismo estatal y las transferencias de capitales del agro a la industria. La liberalización del comercio exterior generó un crecimiento de

las importaciones deteriorando aún más la balanza comercial del país. La sustitución de los cambios múltiples por un tipo de cambio derivado del libre juego de la oferta y la demanda influyó en dos procesos que se dieron en paralelo. Por un lado, se produjo una reducción de las inversiones productivas, y por otro, generó un crecimiento de la actividad especulativa. La apertura de la economía reforzó la influencia financiera exterior y habilitó la fuga de capitales, en tanto la devaluación de la moneda como herramienta para combatir el déficit, provocó un radical aumento del costo de vida. A esto se le agregó el crecimiento de la desocupación, que generó aumento de la pobreza e indigencia (Markarian, 2012; Cores, 1997; Demasi, 2004; Frega *et al.*, 1998; Finch, 2005).

El segundo gobierno colegiado blanco (1962-1966), sin dirección económica definida y marcado por vaivenes en el enfoque fondomonetarista, generó una incertidumbre, en la que la única certeza para los sectores populares y las capas medias era el aumento del costo de vida a raíz del proceso inflacionario que en 1965 alcanzó el 88 % anual, con la consecuente reducción de los salarios. Esta realidad provocó tensión social e impulsó la movilización de grandes sectores de la sociedad que vieron afectada su vida por la crisis (Alonso y Demasi, 1986; Demasi, 2004; Frega *et al.*, 1998; Finch, 2005).

Tiempos de construcción

El movimiento sindical uruguayo presentó hasta los sesenta una división derivada del clivaje ideológico donde «los sindicatos se clasificaban según su tendencia política» (Alonso y Demasi, 1986, p. 50). En este marco tuvo particular relevancia la división entre sindicatos comunistas y no comunistas. Estos últimos tenían una larga tradición y amplios apoyos de las corrientes anarquistas (D'Elía, 1969; Salsamendi, Zapirain y Zubillaga, 2017). Esta división se vio actualizada a inicios de la década de 1950 al instalarse la lógica bipolar de la Guerra Fría. En Uruguay esta nueva etapa se puede señalar a partir de 1951 con el surgimiento de la Confederación Sindical del Uruguay (CSU) que procuraba «nuclear a los sindicatos “occidentalistas”» (Alonso y Demasi, 1986, p. 50) y que derivó en un «sectarismo anticomunista» (D'Elía, 1969, p. 16) en años posteriores.

La década del cincuenta representó para el movimiento sindical un momento de fragmentación entre dos centrales, la CSU y la Unión General de Trabajadores (UGT), de

filiación comunista surgida en 1942 como intento de unificación y expresión sindical antifascista en el marco de la Segunda Guerra Mundial. Existían también un grupo importante de sindicatos que, alejados de la bipolaridad, «se autoclasificaban como “autónomos”» (Alonso y Demasi, 1986, p. 50).

Hacia mediados de la década de 1950 las perspectivas de unidad sindical enfrentaron, además de la fragmentación del movimiento, la emergencia de la crisis económica que se puede considerar una traba dado que «los únicos organismos que habían logrado reunir a todo el movimiento obrero, lo habían hecho en condiciones de relativo auge económico y no de crisis, por lo que habían contado con un sobrio —pero efectivo— apoyo gubernamental»¹ (Alonso y Demasi, 1986, p. 55).

Sin embargo, la afectación directa de la crisis sobre las condiciones de existencia de la clase obrera promovió dentro del movimiento sindical distintas propuestas de unificación. La solidaridad desarrollada por la UGT y la CSU

¹ Hace referencia a la FORU bajo el gobierno de Batlle y Ordóñez, y la UGT entre 1942 y 1945 bajo el neobatllismo.

con la huelga frigorífica de 1955 estimularon a la Federación Autónoma de la Carne a lanzar al año siguiente un llamado a la unidad gremial. La apuesta contó con el apoyo de ambas centrales, pero fracasó al no lograr la participación de la CSU, lo que generó otras deserciones (Salsamendi, Zapirain y Zubillaga, 2017; Alonso y Demasi, 1986; D'Elía, 1969). No obstante, la iniciativa permitió la formación de una Comisión Coordinadora que sirvió de «catalizador de las propuestas de movilización solidaria» (Alonso y Demasi, 1986, p. 51).

La experiencia de articulación intersindical desarrollada en torno a la coordinadora se vio reforzada en 1958 a partir de la solidaridad expresada por el movimiento sindical a la lucha estudiantil universitaria por la Ley Orgánica. La Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) convocó «a todos los sindicatos a un plenario obrero-estudiantil» (D'Elía, 1969, p. 18) que conformó una plataforma reivindicativa amplia que pareció propiciar un ámbito de unidad, pero los acuerdos no se institucionalizaron y aquel ámbito no logró extenderse más allá de la coyuntura puntual.

En ese marco, el Congreso Obrero Textil (COT) promovió el desarrollo de asambleas consultivas dentro de los sindicatos en torno a la voluntad de construir una central unitaria, dejando de lado las posturas más ideologizadas de las cúpulas dirigentes. A partir de la consulta se perciben tres controversias a resolver para establecer un ámbito unitario. Una primera cuestión era la afiliación internacional de la futura central, donde existía una división consistente con los bloques de la Guerra Fría.² El segundo tema a resolver era la compatibilidad —o no— de la militancia político-partidaria con las responsabilidades asumidas en el ámbito sindical. El último aspecto en debate se centraba en la consideración ética al propósito de contar con funcionarios rentados. Estas controversias derivarían de una oposición primordial a que la central sindical significara transformar al movimiento en «un elemento de presión al servicio de un grupo político» (Alonso y Demasi, 1986, p. 52) en detrimento de un movimiento que se mostraba plural.

Estos debates sucedieron en un marco de conflictividad por resistir la congelación de salario y la reforma cambiaria determinada por el primer colegiado blanco, que significó

2 En el marco de la Guerra Fría, de la Federación Sindical Mundial (FSM), de filiación comunista, surgió, a partir de una escisión, una nueva organización sindical internacional, la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), que dio características de bipolaridad a la filiación internacional de los sindicatos.

en 1960 el desarrollo de 145 paros y 43 huelgas (Alonso y Demasi, 1986, p. 54). El conflicto evidenció el carácter dinámico del movimiento que expresó contundentes solidaridades, marcando la necesidad de superar las divisiones existentes en favor de una central unitaria que concentrara las resistencias a la política gubernamental.

Puede señalarse que la crisis que atravesaba el país en la década de 1960 generó problemas sociales apremiantes para la masa obrera que favorecieron las perspectivas de unidad sindical. Resultado de ese contexto puede considerarse la conformación en abril de 1961 de la Central de Trabajadores del Uruguay (CTU), que jugó un papel destacado en la organización de las solidaridades intersindicales en un contexto de gran conflictividad (Salsamendi, Zapirain y Zubillaga, 2017). Pero la novel organización, asociada al comunismo, si bien procuró abrir sus puertas, no logró la integración de la mayoría de los sindicatos. Este hecho se evidencia en los números que, siguiendo a Rosa Alonso y Carlos Demasi (1986), reflejan que entre 1960 y 1962 la CTU declaraba 82 organizaciones afiliadas; la CSU, 60, y los sindicatos denominados *autónomos* representaban más de la mitad del total con 153 organizaciones.

Esta realidad adversa a las perspectivas de unidad sindical se fue revirtiendo en los años

posteriores, en tanto la CTU fue reforzando progresivamente su organización y la CSU se fue descomponiendo hasta su extinción. Este proceso de concentración superó poco a poco las controversias entre las cúpulas dirigentes, por medio de experiencias solidarias y actuaciones colectivas compartidas por las distintas vertientes sindicales en un contexto de conflictividad general ante la crisis. Estas experiencias de unidad práctica se consolidaron al interior del sindicalismo como una necesidad para enfrentar la crisis. La propuesta de formalizar la unidad se instaló como sentido común a partir de la comprensión por parte de la dirigencia que las polémicas en torno a la táctica y estrategia del movimiento no impedían la unidad de acción ante los acontecimientos que afectan a los trabajadores (Cores, 1997).

La búsqueda de acuerdos dentro del movimiento se desarrolló en un marco de creciente y radical oposición a la actuación del gobierno que se reflejó en los 71 paros y 33 huelgas desarrollados en 1963. La experiencia acumulada en esas jornadas de lucha parece haber posibilitado un acuerdo entre los gremios autónomos y la CTU, para la convocatoria a una Convención Nacional de Trabajadores (Alonso y Demasi, 1986).

La instancia se desarrolló el 27 y 28 de junio de 1964 con los objetivos de establecer una

coordinación permanente, una plataforma única y un plan de lucha. El plan de lucha definido tuvo como objetivo central desarrollar en 1965 un congreso que integrara a los obreros con todos los grupos sociales afectados por la crisis, con el fin de elaborar colectivamente un proyecto de futuro para el país. El denominado Congreso del Pueblo procuró consolidar las redes de solidaridad construidas a partir de las experiencias compartidas en el proceso de unidad sindical y habilitar una ampliación de las bases del movimiento y de su capacidad de acción para obtener los cambios de fondo promovidos desde su plataforma. En torno a la propuesta del congreso se articuló un movimiento social que procuró que individuos integrados a distintos grupos e identificados con diversas orientaciones construyeran un «sistema compartido de creencias y un sentido de pertenencia que excede con mucho los límites de cualquier grupo u organización, manteniendo al mismo tiempo sus rasgos específicos y distintivos» (Della Porta y Diani, 2012, p. 35). Ello no significó la eliminación de las identidades específicas, ni el fin de las tensiones entre estas, pero permitió la formación y consolidación de «un sentido de pertenencia colectivo por encima de los

vínculos de solidaridad y lealtad que existen entre individuos y grupos u organizaciones específicos» (Della Porta y Diani, 2012, p. 35), característica propia de los movimientos sociales. En 1964 el sindicalismo logró consolidar, a través de la CNT, un marco de unidad hasta la consolidación de la organización como dirección única del movimiento a mediados de 1966.

A partir de lo expresado se puede considerar que la crisis fue un factor relevante para la unidad efectiva del movimiento sindical. Sin embargo, ello no resulta suficiente para explicar las «condiciones que permiten que el descontento se transforme en movilización» (Della Porta y Diani, 2012, p. 25), es decir las razones por las que la resistencia del movimiento sindical a la crisis mutó en un proyecto propositivo que con el Congreso del Pueblo aspiraba a la transformación de la sociedad por medio de la acción colectiva.

El movimiento social que se constituyó y actuó en torno a la iniciativa del Congreso del Pueblo no se explica únicamente por el malestar social producido por la situación económica del país, sino que se debe observar la situación política. Las voces del

sindicalismo, recogidas en la prensa de las izquierdas que asumieron como positiva la propuesta³ del Congreso, dan cuenta de un gobierno débil, sin mayorías parlamentarias garantizadas, incapaz de articular respuestas en un sistema político fragmentado y dubitativo en términos de política económica. Consideramos que esta imagen fue percibida por el movimiento sindical como una «oportunidad política» (Tarrow, 1997), propicia para articular una respuesta colectiva y ampliar el movimiento y a partir del allí abrir nuevas oportunidades. Pero, la comprensión de que se abría una oportunidad política no derivó solo de aspectos externos al sindicalismo. Al interior del movimiento la evolución de la plataforma reivindicativa hacia la búsqueda de respuesta profundas a la realidad económica y social del país, había obtenido consensos lo suficientemente relevantes dentro del sindicalismo como para considerarla base del proceso de unidad sindical y de su disposición a articular con otras fuerzas sociales afectadas por la crisis que respondían de manera positiva a las propuestas.

La asunción de este nuevo discurso reivindicativo, concretado en la plataforma de la CNT con su propuesta de «reforma

agraria, desarrollo industrial, expropiación de monopolios extranjeros y nacionalización de la banca y comercio exterior» (El Sol, 4 de setiembre de 1964) que se planteaban como «soluciones de fondo», resultaba un punto medio entre las perspectivas finalistas que reclamaban un cambio global en la sociedad y las reivindicaciones por salario denominadas «economicistas» (Alonso y Demasi, 1986; Salsamendi, Zapirain y Zubillaga, 2017; D'Elía, 1969). El programa de soluciones de fondo, resultado operativo de integrar las perspectivas en debate en torno a los fines del sindicalismo, se convirtió, a partir de la instalación de la CNT como órgano coordinador del movimiento y la propuesta del Congreso del Pueblo, en síntesis y proyecto del movimiento. Sin embargo, este supuesto consenso no significó el cierre del debate sobre el valor de las movilizaciones que sucedían como respuesta a las consecuencias que la crisis imponía a los trabajadores.

El llamado por parte de la CNT al Congreso del Pueblo derivó del apoyo mayoritario del sindicalismo a la propuesta de construir soluciones de fondo y desarrollar una etapa superior de movilización. Con la mirada puesta en la realización del Congreso, en enero

3 Véanse *El Popular*, diario del Partido Comunista de Uruguay (PCU); *El Sol*, periódico del Partido Socialista (PS); *Época*, diario donde confluían varias corrientes de izquierda; y el semanario *Marcha*, medio independiente asociado a la izquierda.

de 1965 la CNT estableció un plan de lucha compuesto de cinco etapas. Las dos primeras a desarrollarse entre enero y marzo apuntaban a consolidar los apoyos al interior de los sindicatos. La tercera etapa debía ampliar el movimiento a nuevos sectores afectados por la crisis, cerrándose con un paro nacional de 24 horas denominado Jornada Nacional de Protesta y que se desarrolló el 6 de abril. La cuarta culminaba el día de los trabajadores en el marco de la llegada a la capital de la tercera marcha cañera. La última etapa era el proceso de preparación del Congreso y se cerraba con la concreción de la instancia (Época, 20 de enero de 1965).

A lo largo de este proceso en la prensa fueron múltiples las voces que, desde el sindicalismo y sus aliados de izquierda, reclamaron por una mirada de fondo en detrimento de las reivindicaciones *economicistas*. En tal sentido, Héctor Rodríguez⁴ señalaba que «se aplican grandes energías y se gastan grandes esfuerzos para conseguir nada, cunado con las mismas energías y equivalentes esfuerzos se podría conseguir todo lo que el movimiento sindical se ha propuesto para la presente etapa de lucha» (Marcha, 26 de marzo de 1965). La Jornada Nacional de Protesta del 6 de abril, que tuvo el apoyo

de más de medio millón de trabajadores, fue percibido como ejemplo de esta perspectiva reivindicativa. Así lo reflejan las palabras del dirigente del Frente Avanzada Renovadora (FAR) Óscar Galli que señalaba «fue superada la etapa del sindicalismo de “bolsillo”: la clase trabajadora ve más allá del hasta ayer clásico aumento salarial [...] no hay más salida que aquella que lleve a las reformas profundas» (Época, 5 de abril de 1965). Esta apuesta es considerada por parte de la historiografía como signo de madurez del movimiento sindical (Salsamendi, Zapirain y Zubillaga, 2017; D'Elía, 1969). En 1965, a partir de la movilización del 6 de abril, se expresó en el mismo sentido Carlos Quijano desde *Marcha*. En la editorial que tituló «Más allá del horizonte» destacó la nueva mirada del movimiento sindical que superaba el economicismo, reeditó sus palabras de 1963 sobre el conflicto en UTE, donde aseveraba que «la madurez es el tiempo de la revisión, de la elección y por tanto también de la renuncia [...]. El tiempo en el que han de dejarse las apariencias para atender a la sustancia». Y cerraba señalado que «el reclamo menudo y la exigencia particular» destruían la posibilidad de desarrollar cambios relevantes (Marcha, 9 de abril de 1965). El Partido Socialista (PS), desde el editorial de su periódico *El Sol* mostraba

4 Dirigente del COT, figura de relevancia dentro del movimiento obrero uruguayo y un pivote fundamental de la organización del Congreso del Pueblo.



Jornada Nacional de Protesta

- Contra la Crisis, la Carestía y la Bancarrota Nacional.
- Por Soluciones Radicales que ataquen a los Privilegios.
- Por Fuentes de Trabajo y Defensa del nivel de Vida del Pueblo.
- Por las Libertades Públicas y Sindicales.

TALES son los postulados de la Plataforma de Lucha que la Convención Nacional de Trabajadores lleva a la Jornada Nacional de Protesta del 6 de abril.

La C.N.T., organismo representativo de la mayoría absoluta del movimiento sindical, viene impulsando desde hace largo tiempo acciones tendientes a revertir el perdido rumbo de nuestro país, para llevarlo hacia un restablecimiento económico que lo saque de su profunda crisis.

La Convención Nacional de Trabajadores no es sino el producto del agravamiento de la crisis económica, del retroceso de la producción industrial y agropecuaria, con su secuela de carestía y vertiginoso aumento de la desocupación y la paralela profundización de las dificultades para resolver los problemas fundamentales de la educación y la salud de nuestro pueblo. Todo ello ha determinado que miles de trabajadores de la ciudad y del campo, intelectuales y artesanos, pequeños y medianos productores, se movilicen reclamando soluciones para tan angustiosos problemas.

Precisamente esta Jornada Nacional de Protesta, conjuntamente con las movilizaciones ya concretadas y a concre-

tarse, ofrece un camino, que si bien no cambiara radicalmente las estructuras — al capitalismo y a la burguesía no se les derrota con sutiles — es de combate. Un combate en donde nuestro oprimido pueblo podrá expresarse y manifestarse unánimemente como nunca lo ha hecho hasta ahora.

El 6 de abril, en consecuencia, los más variados sectores de nuestra población habrán de expresar su más profunda indignación ante la política antipopular y entreguista de nuestros gobernantes, a través de un paro de 24 horas que tendrá carácter nacional.

Los cuatro puntos que la C.N.T. eleva como plataforma de lucha, sintetizan el esfuerzo común por oponer a los planes regresivos y demagógicos del gobierno, soluciones efectivas que abran perspectivas para una salida inmediata de tan difícil situación financiera.

Estos cuatro puntos comprenden, indudablemente, el conjunto de las reivindicaciones sociales y económicas más sentidas. El salario mínimo nacional, los presupuestos para los Entes Autónomos y Servicios Descentralizados, las Rendiciones de Cuentas para la Administración Central, los aumentos salariales, jubilaciones y pensiones, la defensa y extensión de la Enseñanza y la Salud Pública, Reforma Agraria que elimine de una vez para siempre el cáncer del latifundio, etc., palpitan en el seno mismo de cada uno de esos cuatro puntos reivindicativos de la Jornada del 6.

Para ello es necesario hallar un cauce común, que ponga en la calle a todo un pueblo que padece en toda su magnitud la crisis más profunda que haya conocido el Uruguay en toda su existencia.

Que mejor para ello que un amplio movimiento nacional, como es la Convención Nacional de Trabajadores, que abarca a los sectores más heterogéneos pero que tienen un denominador común, el deseo de verse dueños de sí mismos y de todo aquello que el privilegio y la explotación les han usurpado.

Sabemos que el asalariado rural e in-

dustrial, el funcionario público, el pequeño y mediano productor, etc., aún no han adquirido plena conciencia del verdadero rol que desempeñan en este complejo. Sería magnífico, que la fuerza que han demostrado una y mil veces los cárteros de Artigas — y, una vez más, en Marcha hacia Montevideo — fuera el común denominador del poderatismo uruguayo. Pero no. Esa fuerza se adquiere en la lucha, en la tremenda lucha que significa afrontar a diario al empujador despotizado del capitalismo en América Latina, el latifundio. Es la lucha que temple hasta las fibras más íntimas de un ser humano y que hace

que la presencia de un solo trabajador en un negocio favorezca más de lo que angustia como una plaga el desempleo, promueva, en un negocio, un trabajo — los miles de veces que en la lucha se produce — y que el trabajador sea un hombre.

Claro que la fuerza que se adquiere en la lucha de esta manera, se adquiere a buen sabiduría, a pagar y a sufrir. Pero es su magnitud la experiencia que fortalece a los hombres con la lucha.

La Jornada del 6 de abril está a la altura de esa meta. Muchos años habrá que se recuerde. Pero el privilegio — sometido a su exigencia — sigue.

aquí, el PARTIDO

- Pedido a los Centros y Agrupaciones del Partido

El Sol se propone reanudar la publicación permanente de esta columna de información sobre la actividad partidaria. Para ello, exhorta a los camaradas, de las directivas de Centros y Agrupaciones a remitir a la redacción, simultáneamente, una síntesis de sus actividades. Dicho material tendrá que ser dirigido al Secretario de Redacción, y no es necesario que venga redactado. Pero, eso sí, tiene que llegar a Casa del Pueblo, a más tardar el lunes de cada semana, por la noche.

vas, muy especialmente la relativa a la utilización de la quiniela del Hospital Vialbechi, con fines deportivos, cuya materialización se debe, no bajar a todas, a su compromiso del problema y a su participación por la solución exitosa del mismo.

Aprovechamos la oportunidad para saludarlo con nuestros mejores saludos y felicitación a: Adolfo Rodríguez, Presidente; Miguel Pastore Lopera, Secretario.

- Centro Domingo Santo: Asamblea General

El viernes, pasado, el Centro Do-

beneplácito con la movilización sucedida el día 6, considerando que daba cuenta que las organizaciones sindicales habían «superado el mero economicismo para hacer planteamientos que se relacionan con los problemas del país. Esos planteamientos llevan a la agitación popular la índole de los factores nacionales y externos que están en la raíz de la crisis» (El Sol, 9 de abril de 1965).

En ese momento quienes dieron valor y lugar a las reivindicaciones «economicistas» fueron las voces comunistas. El dirigente metalúrgico Gerardo destacaba la jornada por «la predisposición del movimiento a luchar por reivindicaciones económicas y sociales inmediatas» a la que sumaba «la necesidad incuestionable de ir a fondo en el reclamo de soluciones verdaderamente positivas» (Marcha, 1965). Unos días después, el delegado de AUTE, también comunista, Wladimir Turiansky, respondía a las críticas expresadas por Quijano sobre su sindicato cuestionando su condena a las reivindicaciones inmediatas.

Estamos de acuerdo si se dice que el movimiento sindical no puede reducir sus objetivos, únicamente a simples aumentos nominales. Pero la búsqueda de soluciones de fondo y la lucha por esas soluciones no implica, ni puede implicar, la renuncia a la lucha por salario. Hacerlo sería retroceder —y concluía— la lucha por salario es condición necesaria, aunque no suficiente,

de la actividad sindical (Marcha, 23 de abril de 1965).

Por su parte, Héctor Rodríguez, ante las movilizaciones por salario que se multiplicaron a partir de la crisis bancaria que atravesó el país desde mediados de abril tras la quiebra del Banco Transatlántico, en un artículo que denominó «Huelgas para cobrar ¿qué? —señalaba—: «Incluso para que la defensa del salario y de su poder adquisitivo real tengan sentido es necesario impulsar el cambio de las estructuras económicas» (Marcha, 18 de junio de 1965).

La controversia en torno al papel y valor de los reclamos inmediatos respecto al objetivo del Congreso del Pueblo se cerró con la convocatoria a este. En el llamado los colectivos organizadores expresaban:

Las organizaciones sindicales y los demás sectores de nuestro pueblo han desarrollado y desarrollan duras luchas para obtener sus reivindicaciones económicas y sociales [...]. Las experiencias de estas luchas, así como el estudio de la realidad, han posibilitado la comprensión de que es necesario pasar a una etapa superior, logrando que los esfuerzos parciales confirman en un esfuerzo conjunto que posibilite la obtención de los justos reclamos de cada uno de los sectores y principalmente se oriente a lograr las soluciones de progreso, los cambios de fondo que reclama la actual situación (Época, 9 de junio de 1965).

La ligazón entre las luchas inmediatas de cada organización y las necesidades amplias a las que se buscaba dar respuestas desde el congreso, se percibió como resultado de las experiencias de solidaridad entre los sindicatos en la lucha por reclamos inmediatos. Una etapa de aprendizaje que posibilitó un

programa de medidas profundas, habilitó ensanchar la base de apoyos del movimiento y la apertura a iniciativas y opiniones de otras organizaciones hacia la elaboración de un programa de respuestas profundas a la crisis en el marco del Congreso del Pueblo.

El futuro presente

El plan de respuesta a la crisis es el elemento del congreso más destacado por la historiografía, en tanto representa un «programa común de transformaciones económicas y sociales, temáticamente cercano al diagnóstico de la CIDE, pero más radical y abarcativo en sus propuestas» (Caetano, Marchesi y Markarian, 2022, p. 83) y también la «respuesta a la política fondomonetarista y la búsqueda de conformar un “planteo igualmente orgánico”, pero de sentido opuesto» (Alonso y Demasi, 1986, p. 57).

Por fuera de esta mirada construida a la luz de los años y los énfasis marcados por el momento de escritura de los autores, el Congreso del Pueblo generó en 1965

expectativas que sobrepasaban ampliamente el valor del programa construido, proyectando un amplio movimiento de cambio para ese presente. El llamado a esta instancia estipulaba la construcción de un organismo permanente de dirección para la organización de la movilización, así como para dirigir la presión generada por la conflictividad social organizada en el sentido que el congreso definiera. Sus promotores auguraban que era posible transformar el presente y el futuro próximo. Esta idea fue replicada por la prensa de las izquierdas que construyó un discurso sobre la realidad donde en torno al congreso se jugaba a corto plazo la posibilidad de una salida a la crisis.

En este sentido, el partido comunista desde *El Popular* conceptualizaba la instancia como la concreción de

un movimiento que agrupe a todos aquellos sectores que sufren en forma directa la política del Gobierno y que pone en marcha un agrupamiento permanente tendiente a la conquista de soluciones de fondo y medidas inmediatas frente a la crisis, cada día más aguda, que soporta la República (*El Popular*, 15 de enero de 1965).

Desde *Época* se señalaba al congreso como «un paso trascendente hacia las soluciones que el conjunto de la clase trabajadora y otras entidades populares se han fijado para superar de forma definitiva la crisis» (17 de abril de 1965); una instancia de carácter popular «que unificando y ampliando esta poderosa fuerza la ponga definitivamente en marcha salvando al país del caos» (29 de abril de 1965). En tanto, el PS se refería desde *El Sol* al Congreso del Pueblo como resultado de la «Comprensión de que es necesario pasar a una etapa superior, que los esfuerzos particulares confirman en un esfuerzo conjunto que posibilite la obtención de los justos reclamos de cada uno de los sectores y principalmente oriente a lograr soluciones de progreso y los cambios de fondo (30 de julio de 1965), considerando que aquel era

la «respuesta organizativa, programática y táctica de los explotados de Uruguay a la política de la oligarquía y del imperialismo».

El congreso «consiste en organizar al pueblo, escéptico todavía, pero descontento, deseoso de cambios profundos e irreversibles, que le permitan terminar con la diaria rutina de miseria» (*El Sol*, 6 de agosto de 1965).

Las altas expectativas en torno al Congreso del Pueblo no fueron exclusividad de los discursos construidos desde las izquierdas y atravesaron también al movimiento sindical. En tal sentido, Rolando Viera⁵ expresaba que el congreso tenía la capacidad de determinar un «plan de trabajo y de las movilizaciones» que posibilitaría construir «los instrumentos organizativos y estatutarios a través de los cuales, su organización se haga permanente, constituyendo un aguijón militante» (*Época*, 1.º de agosto de 1965), que garantizaría alcanzar los objetivos.

Este relato se evidencia en el lanzamiento de la iniciativa de la CNT, en la que se afirmaba que «Posibilitaría promover un cambio sustancial por medio de una justa distribución de la tierra: un mejor aprovechamiento y defensa de las grandes riquezas naturales... y una

5 Representante de la Federación Uruguaya de Magisterio (FUM) en la secretaría de prensa y propaganda del Congreso del Pueblo.

industrialización integral» creando «por esta vía de nuevas fuentes de trabajo que traigan más bienestar al pueblo y saquen al país de su condición de subdesarrollo» en la medida en que «pondrá en marcha una fuerza multitudinaria que conforma la inmensa mayoría del país y será la cabal expresión de un pueblo que se yergue y se une para hacer realidad las soluciones de fondo que la situación del país reclama» (El Popular, 2 de agosto de 1964).

Las expectativas expresadas se asocian con las acciones proyectadas para el día después, como derivaciones de la potencia, radicalidad y capacidad de movilización que distintos actores imaginan y anhelan. Héctor Rodríguez señaló que esperaba «alcanzar un verdadero acuerdo nacional en materia de soluciones a la crisis» y «poner en marcha energías suficientes como para llevar a la práctica aquel acuerdo» (Marcha, 16 de julio de 1965). Por su parte, Washington Pérez⁶ confiaba que el carácter despolitizado de la organización fuese lo que permitiera «que ideologías, actividades y sectores sociales diferentes, puedan conjugarse en un solo objetivo» y aspiraba que el congreso fuera un foco de «presión ante los organismos legislativos para que estos impulsen las soluciones que

del Congreso del Pueblo surjan» (Época, 8 de agosto de 1965). En tanto, Mario Nogueira⁷ señalaba que la instancia no se oponía «al orden estatuido, sino que es una forma de petición organizada de todos los sectores a quienes tienen el Poder. Y cuando el esfuerzo de esta masa proponga al gobierno sus soluciones, este tendrá que escucharlo» (Época, 11 de agosto de 1965).

Las expectativas de poder influir directamente en el devenir político del país desde la instalación del congreso y transformar la realidad económica y social a partir de la acción del movimiento, no parecen ser una simple expresión de deseo, sino un horizonte de posibilidad derivado de las experiencias acumuladas en el proceso de unificación sindical y preparación del encuentro. A lo largo de 1965 en medio de movilizaciones, paros y huelgas los organizadores fueron capaces de llevar adelante decenas de mítines y asambleas sindicales. Lograron el 6 de abril el paro general más grande hasta entonces, desarrollando en conjunto cinco mítines multitudinarios en Montevideo y acciones análogas en varias capitales departamentales. Consiguieron desarrollar una movilización masiva el día de los trabajadores, en el marco de la llegada a la ciudad capital de la tercera

6 Dirigente textil integrante del secretariado de la CNT.

7 Dirigente del COT.

marcha cañera. Todos estos acontecimientos fueron evidenciando la potencialidad del movimiento en torno al Congreso, dado que miles de personas fueron parte de cientos de asambleas, mítines y encuentros desarrollados en distintos puntos del país con el objetivo de promover la participación en una instancia que resultaba relevante para el movimiento sindical. La extensión y diversidad de los participantes en el proceso previo, daban cuenta de la ampliación de la base del movimiento y su creciente capacidad de presión. Ello influyó de forma definitiva en la mirada de la dirigencia sindical y en el horizonte de expectativas construidos.

Si bien el accionar colectivo preparatorio del congreso no representa en el presente más que la suma de acontecimientos de relativa relevancia histórica, debe señalarse que entonces significó el esfuerzo de miles de personas leyendo, discutiendo y participando de acciones colectivas. Un esfuerzo que significaba asumir al Congreso del Pueblo como un aspecto central en su presente, dejando de lado otros papeles y resignando otras facetas de su vida. El ahínco de la militancia, que posibilitó un sinnúmero de instancias preparatorias en todo el territorio, generó un estado de ánimo efervescente dentro del movimiento en torno a la concreción y proyección del encuentro. Según James Jasper (2012), los estados de ánimo

«son centrales en la interpretación de los medios y fines. Cada victoria, por pequeña que sea produce confianza, interés y energía emocional; todas las cuales son ventajas para la posterior acción (p. 59).

En 1965 los impulsores del congreso, atravesados por aquella *energía emocional* generada por la interacción social y experiencias compartidas, significaban la instancia como posibilidad de construir una movilización amplia y constante, que, coordinada desde los organismos creados por la propia instancia, fuese capaz de habilitar cambios en la política económica y social del país.

Entre el 12 y el 15 de agosto de 1965 el Congreso del Pueblo nucleó a 1376 delegados representantes de 707 organizaciones, expresión de núcleos sindicales, estudiantiles, de jubilados, de desocupados, cooperativistas, intelectuales, actores de la cultura y vecinales. El palacio Peñarol fue sede del acto inaugural y epicentro de decenas de columnas que, desde distintos barrios de la capital, se concentraron en torno al recinto. Además, cientos de personas dispusieron sus vehículos para garantizar la participación de los casi 300 delegados provenientes de los *interiores* del país. Las organizaciones poblaron el espacio con carteles y pancartas con reclamos y expectativas, en un acto multitudinario. En los tres días siguientes, los delegados debatieron

en sesiones plenarias y comisiones de trabajo un programa que reflejara el carácter policlasista del movimiento y un plan de lucha para la obtención de sus reclamos.

El congreso, alejado conscientemente de la política partidaria, significó múltiples desafíos para el sistema político uruguayo. Por un lado, debe señalarse como desafío que, si el compromiso generado por el Congreso del Pueblo se sostuviera en el tiempo entre los militantes en momentos electorales, «los partidos deberían adoptarlo o enfrentarlo, una disyuntiva que incomodaba en cualquiera de sus términos» (Demasi, 2004, p. 28). Por otra parte, si las organizaciones integradas al Congreso «encontraban la manera de articular electoralmente su posición, podría significar el fin del bipartidismo y el surgimiento de un «partido de trabajadores» (Alonso y Demasi, 1986, p. 57).

La posibilidad de desarrollar una expresión electoral en torno al Congreso fue causa de debate y si bien la propuesta fue desechada por la mayoría, la instancia se constituyó en un nuevo desafío para el sistema político a partir de la característica común de muchos movimientos sociales de articular la propuesta de una «democracia radical» y una nueva forma de «hacer política» (Della Porta y Diani, 2012, p. 19), donde la voluntad de los ciudadanos se expresa por medio de la

movilización. Una concepción de la política que hace de las acciones colectivas el centro desde donde influir en el accionar del gobierno.

El principal promotor de esta perspectiva fue Héctor Rodríguez, opositor de «concebir la vida política del país en términos electorales», considerando que los votos no permiten «crear un verdadero centro de poder con respaldo popular». Y un defensor de la apuesta del congreso por la movilización social, por su carácter práctico y didáctico, capaz de «enseñar más que muchas campañas electorales». Destacó la potencia del movimiento y señaló, a partir de esta lógica, que intentar «meter este movimiento en un partido [...] parece tan difícil como guardar un elefante en una caja de fósforos» (Marcha, 20 de agosto de 1965).

Luego del Congreso, Rodríguez subrayaba las posibilidades de movilización que se abrían con este para unificar posiciones en torno a las reivindicaciones mediatas e inmediata y coordinar acciones a desarrollar a través de los medios aceptados por todos los participantes, ya «sean paros, huelgas, manifestaciones u otras formas de movilización», siempre dentro de la institucionalidad. Sostenía que se debía evitar la reducción de «los medios de lucha a la simple emisión del voto» y construyendo en torno al accionar

colectivo la identidad de un movimiento que «Nació de la lucha, para la lucha y en la lucha encontrará su camino» (Marcha, 27 de agosto de 1965).

constituyó en un reto para las autoridades, en tanto promovía y proyectaba el crecimiento de la movilización y la conflictividad social.

La respuesta del gobierno al activismo y desafíos propuestos fue la restricción de libertades y la represión. En ese contexto de creciente conflictividad social, el 8 de octubre de 1965 el Gobierno decretó las Medidas Prontas de Seguridad (MPS) hasta el 4 de noviembre. Estas medidas se reeditaron el 7 de diciembre en un contexto de movilización por las limitaciones a los derechos sindicales y sanciones a los empleados públicos derivadas del accionar colectivo en oposición a las medidas de seguridad de octubre.

El 22 de diciembre, cuando el gobierno levantó el decreto de MPS, la realidad política nacional ya era otra. Las disposiciones del Congreso quedaban medio año atrás, se ingresaba en la temporada estival y la agenda política del país tenía como foco la propuesta de reforma constitucional. Esta iniciativa surgida de los partidos tradicionales significó, según Blanca París de Oddone (2010), la apertura de una «válvula de escape a la tensión, canalizando la inquietud pública

Esta perspectiva, que procuraba por medio de la movilización elevar al movimiento social en un actor político relevante e ineludible en el país, capaz de imponer sus iniciativas que postulaba por fuera de la arena electoral, se hacía una reforma constitucional que fue presentada como solución de fondo a las críticas dirigidas al régimen colegiado que regía el país» (p. 77).

Esta nueva coyuntura generó dificultades al interior del movimiento luego de la decisión del PCU de presentar un proyecto de reforma constitucional sobre la base de la plataforma construida por el congreso. Esto provocó divergencias en el ámbito gremial (Cores, 1997), ya que los sindicatos «más fuertes apoyaban el proyecto de reforma, actitud que era cuestionada desde otros gremios» (Demasi, 2004, p. 27). El intento comunista «de representar electoralmente los importantes acuerdos programáticos alcanzados en el movimiento sindical y con varios movimientos sociales» fue cuestionado como «un intento artificial y forzoso de trasponer los acuerdos de origen sindical y social a una esfera electoral» (Leibner, 2012, p. 488). La efervescencia y las expectativas, desarrolladas en torno la potencia movilizadora del Congreso del Pueblo, se diluyeron y el movimiento articulado a partir de este sucumbió prontamente en el marco de la contienda electoral.

A modo de cierre

Las voces y discursos recogidos en este trabajo, pertenecientes al movimiento sindical y a prensa de izquierdas, permiten construir una imagen de lo que la organización y concreción del Congreso del Pueblo significó en la época para estos colectivos. Como sujetos atravesados por construcciones subjetivas propias de una época y un tiempo histórico singular, aquellos protagonistas sintieron y vivieron aquel acontecimiento, inmersos en una realidad que dista mucho de nuestro presente. Como sostiene el historiador José Pedro Barrán (citado por Demasi, 2008), «hay más cosas en el pasado que las que sobreviven en el presente». Por ello, nos ha resultado interesante *mirar* al congreso más allá de los presentes desde los que se lo ha visibilizado. Por esta razón, el trabajo ha buscado dar cuenta de las experiencias y expectativas que se construyeron en torno a aquel encuentro.

El proceso de construcción y desarrollo del Congreso del Pueblo puede ser destacado como generador de experiencias que posibilitaron la construcción de identidades

colectivas y sentidos de pertenencia lo suficientemente sólidos como para sostenerse pese a que la iniciativa concluyera. Los sentimientos de pertenencia, las experiencias compartidas, los acuerdos programáticos para dar respuesta a conflictos presentes, y los proyectos futuros, parecen haber permitido la consolidación de una identidad política capaz, como nunca en el pasado, de superar las diferencias, permitiendo su continuidad como movimiento. Además, y más allá de esta continuidad que podemos observar, generó en aquel presente y para aquellos sujetos, un singular *estado de ánimo* que los alentó y motivó, promoviendo acciones colectivas que se sostenían bajo ciertos *estados emocionales* que auguraban promesas de cambios significativos.

Otros pasados sobre este hecho podrían ser visibles si tuviéramos otras inquietudes y preguntas y recogiéramos las voces de otros sujetos históricos. En este sentido, se abrirían nuevas posibilidades para volver sobre aquel acontecimiento con otros puntos de partida.

Referencias

- Acción del pueblo y campaña electoral (1965, agosto 27). *Marcha*, pp. 8-10.
- Alonso, R., y Demasi, C. (1986). *Uruguay, 1958-1968: Crisis y estancamiento*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Bases del plan de lucha sindical. (1965, enero 20). *Época*, p. 6
- Broquetas, M. (2008). Liberalización económica, dictadura y resistencia. 1965-1985. En A. Frega et al., *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)* (pp. 163-210). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Caetano, G., Marchesi, A., y Markarian, V. (2022). *Izquierdas*. Montevideo: Crítica.
- Caetano, G., y Rilla, J. (1994). *Historia contemporánea del Uruguay: de la Colonia al Mercosur*. Montevideo: Fin de Siglo.
- (1996). El «Ajuste Autoritario» y el Pachecato. En F. Pita (Comp.), *Las brechas en la historia*. Tomo 1. Los períodos (pp. 149-165). Montevideo: Brecha.
- Castoriadis, C. (1990). *El mundo Fragmentado*. La Plata: Terramar.
- CNT. El 1 de mayo finaliza la cuarta etapa del plan de lucha programado. (1965, abril 17). *Época*, p. 6
- Congreso del Pueblo (1965, agosto 1). *Época*, p. 6.
- (1965, agosto 11). *Época*, p. 20.
- Cores, H. (1997). *El 68 uruguayo*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- D'Elía, G. (1969). *El movimiento sindical*. Colección Nuestra Tierra. Montevideo: Nuestra Tierra.
- Della Porta, D., y Diani, M. (2012). *Los Movimientos Sociales*. Madrid: Complutense.
- Demasi, C. (2004). El preámbulo: los años 60. En C. Appratto et al., *El Uruguay de la Dictadura 1973-1985* (pp. 5-41). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (2008). Las lecciones del pasado. *La Gaceta*, 48, 2-5.
- Después del Congreso del Pueblo. (1965, agosto 20). *Marcha*, pp. 6-7.
- El Congreso del Pueblo. (1965, julio 16). *Marcha*, pp. 6-7.
- (1965, abril 30). *El Sol*, p. 2.
- El paro del 6 de abril. (1965, marzo 26). *Marcha*, p. 8.
- El pueblo en la calle. (1965, abril 9). *El Sol*, p. 3.
- Fiel reflejo de las aspiraciones de nuestros sectores populares (1965, agosto 8). *Época*, p. 7.
- Finch, H. (2005). *La economía política del Uruguay contemporáneo 1870-2000*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Frega, A., Marona, M., Nahum, B., y Trochon, I. (1990). *El fin del Uruguay liberal, 1959-1973*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Huelgas para cobrar. ¿Qué? (1965, junio 18). *Marcha*, p. 9.
- Jasper, J. (2012). ¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales. *Revista Reflexiones*. 96(1), 75-50.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- La CNT lanza iniciativa del Congreso del Pueblo. (1964, agosto 2). *El Popular*, p. 5.
- La CNT llama a la lucha. (1965, abril 29). *Época*, p. 6.
- La convención nacional de trabajadores. (1964, setiembre 4). *El Sol*, p. 7.
- Leibner, G. (2012). *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce
- Llamamiento y convocatoria de un gran Congreso del Pueblo. (1965, junio 9). *Época*, p. 9.
- Los gremios opinan. (1965, abril 9). *Marcha*, p. 8.
- Los sectores políticos opinan. (1965, abril 5). *Época*, p. 11.
- Los trabajos plenarios del Congreso del Pueblo. (1965, agosto 6). *El Sol*, p. 3.
- Markarian, V. (2012). *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Más allá del horizonte. (1965, abril 9). *Marcha*, p. 5.
- París de Oddone, B. (2010). *La Universidad de la República desde la crisis a la intervención 1958-1973*. Montevideo: Universidad de República.
- Ponce de León, M., Schelotto, S., y Sirí, I. (1985). *El pueblo delibera. El Congreso del Pueblo veinte años después*. Montevideo: CUI.
- Salsamendi, G., Zapirain, H., y Zubillaga, I. (2017). *Historia del movimiento sindical*. Montevideo: CED.
- Sesiones preparatorias. (1965, enero 15). *El Popular*, p. 5.
- Sobre política sindical. (1965, abril 23). *Marcha*, p. 3.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.



Fotografía parcial de la asamblea general del Sindicato del Frigorífico Nacional votando la huelga en 1961. Archivo Museo de la Industria Frigorífica, Ajupen, Cerro de Montevideo.

Trabajo, protesta y comunidad. Una aproximación al sindicalismo frigorífico

Lucía Siola

Los inicios: mutualismo y primeras organizaciones obreras de resistencia

Desde un tiempo temprano los trabajadores y trabajadoras de la industria de la carne participaron de diversos movimientos colectivos y de lucha. En este sentido, Gabriel Di Meglio, Raúl Fradkin y Florencia Thul Charbonnier (2019) ha registrado episodios de conflictividad obrera en saladeros de Montevideo desde mediados del siglo XIX.

El trabajo de faena desarrollado en los saladeros fue fundamentalmente un trabajo masculino, en el que coexistía el trabajo asalariado y el trabajo esclavo, con variados tipos de calificaciones y de disciplina de tipo penitenciaria (Di Meglio, Fradkin y Thul Charbonnier, 2019). La volatilidad industrial y el régimen zafra de producción propiciaron la rotación y la movilidad de los trabajadores allí empleados y de sus familias. En el proceso de consolidación y estabilización del trabajo saladero fueron elegidas por los empresarios para instalar sus plantas dos zonas del territorio nacional: el Cerro de Montevideo y la zona del litoral del país. A ellas, además de la población nativa de la zona, fueron llegando contingentes de inmigrantes,

sobre todo europeos, que se radicaron allí y se emplearon en las fábricas de salazón de carne.

Hacia finales del siglo XIX los obreros de la carne fueron constituyendo sus primeras organizaciones colectivas, primero orientadas a la ayuda mutua y a mantener las redes y culturas inmigrantes, luego ya con un perfil más marcado de resistencia clasista.

Para el caso de Fray Bentos, en momentos de funcionamiento de la fábrica conservera Liebig, autores locales han señalado la emergencia de un movimiento mutualista asociado a comunidades de inmigrantes que habitaban la zona (Boretto, 2014). Hacia 1879 se conformó la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos, que promovió la ayuda mutua entre sus socios para situaciones adversas en el trabajo o situaciones de indigencia. En 1885 también se fundó el Círculo Católico de Obreros, aunque de breve existencia, y, en 1883, la Sociedad Humanitaria de Socorros Mutuos. En las cercanías, en la ciudad de Paysandú, se formó en 1888 la Sociedad La Protectora, integrada por obreros saladeros, que si bien no

se conoce si tuvo un carácter similar o vasos comunicantes con las sociedades fraybentinas, da cuenta de cierta tendencia organizativa entre los trabajadores y de un clima de época de asociacionismo (Barrán y Nahum, 1968).

En 1887, se fundó con carácter nacional y para ayuda mutua del gremio saladeril la Sociedad Unión Obrera, y en esa década tuvieron lugar tres huelgas significativas, en las cuales las patronales debieron apelar a trabajadores de Buenos Aires para suplantar a los huelguistas (Porrini, 2005)

En 1901 se habría fundado la Sociedad de Obreros Varaleros y Anexos de la Villa del Cerro de carácter mutual, y, en 1902, esta sociedad organizó su primera huelga ante la resolución protocolizada por escribano de algunos establecimientos de despedir a los trabajadores agremiados (Zubillaga, 1996). De tendencia socialista, esta sociedad publicó el boletín *Resistencia Gremial* hasta agosto de 1903 (Porrini, 2005).

Los anarquistas también tuvieron desde comienzos de siglo una fuerte incidencia entre los trabajadores de los saladeros y las familias cerrenses. Desde 1904 el líder ácrata Adrián Troitiño desplegó una labor de agitación con la organización de la Sociedad de Resistencia de Obreros Varaleros desde un local ubicado en las calles Grecia y Norteamérica. Allí funcionó también un grupo anarquista Nuevo Ideal —integrado por Troitiño, por el peluquero Antonio Loredo y por el trabajador frigorífico José Ardissono—, que editaba el quincenario *La Acción Obrera* (Montevideo 1907-1908) (Muñoz, 2021).

Así, el Cerro fue una de las zonas de la capital donde la actividad de la militancia obrera socialista y anarquista se desplegó con fuerza

y en diversos formatos: locales y centros de estudios, asociaciones de inmigrantes, bibliotecas y espacios de actividades sociales y recreativas. Hacía 1906 habría existido una experiencia de escuela para obreros y luego funcionó en el local de la Sociedad de Obreros Varaleros la Escuela Moderna del Cerro para adultos y niños impulsadas y organizadas por militantes anarquistas bajo la premisa del fomento de una enseñanza racional e integral (Muñoz, 2021). A su vez, en la Sociedad de Arte Uruguayo, perteneciente a los desolladores, también se organizaban conferencias de los líderes anarquista sobre educación y sobre los medios y fines de la organización obrera (Muñoz, 2021).

El mutualismo y las distintas redes de organización y protección obrera, junto a la consolidación más permanente de la industria y las políticas empresariales de los nuevos capitales extranjeros en el rubro frigorífico, fomentaron un mayor asentamiento de las familias obreras en el entorno de las fábricas. Durante la primera década del siglo XX fueron numerosos los movimientos huelguísticos y de lucha que los trabajadores de los saladeros y frigoríficos con sus sociedades de resistencia desarrollaron en el territorio cerrense. En 1907 y 1908 se sucedieron conflictos de inusitada violencia, en los que fue asesinado el obrero Juan Robas a manos de un rompeshuelgas, y el barrio fue militarizado (Muñoz, 2021). Para esa fecha, se había conformado una Sociedad de Obreros del Cerro que integraba la Federación Obrera Regional Uruguaya (FORU). De orientación anarquista, la FORU imprimió una modalidad organizativa federativa que en el Cerro se organizó priorizando una concepción territorial más que de oficio.

Sindicalismo y protesta en la era del frío y del *corned beef*

En la segunda década del siglo XX, la industria de la carne se transformó. Con la incorporación de nuevas tecnologías y del frío surgieron las grandes fábricas frigoríficas y de conserva, y la producción saladera fue declinando paulatinamente. En 1902 comenzó a funcionar en Puntas de Sayago el primer establecimiento frigorífico de capitales uruguayos, la Frigorífica Uruguaya, adquirida poco tiempo después por capitales británico-argentinos bajo la empresa Sansinena. En 1912 inició la producción el Frigorífico Montevideo, que se convirtió a partir de la inversión de capitales estadounidenses en el Frigorífico Swift de Montevideo en 1916. Un año después comenzó a faenar el segundo gran establecimiento de capitales estadounidenses, el Frigorífico Artigas de la firma Armour y Cía. (Porrini *et al.*, 2023). Una década después, en 1928, fue creado como ente testigo el Frigorífico Nacional, que tenía el monopolio del abasto de la capital y actuaba como contralor del mercado de carnes. En Fray Bentos, la inglesa Anglo S. A. adquirió la gran fábrica de Liebig e inició en 1924 la producción frigorífica (Porrini *et al.*, 2023). Estas «catedrales del *corned beef*» —como las denominó la historiadora Mirta Zaida Lobato (2001)— concentraban en su interior a miles de trabajadores, y trabajadoras, pues también incorporaron mujeres al trabajo frigorífico. Se estima que entre todas las plantas en sus momentos de mayor producción emplearon un total de doce mil personas. Los frigoríficos no solo pautaron la vida dentro de las fábricas, sino también las del barrio y de las familias obreras. En torno al trabajo industrial se fueron creando

circuitos económicos, culturales y sociales que dieron cierta particularidad a las comunidades frigoríficas.

El sindicalismo propiamente frigorífico comenzó en 1911 con la constitución de la Sociedad de Obreros de los Frigoríficos del Cerro (Porrini, 2005). De forma temprana, en 1916 y 1917, se evidenció la potencia del movimiento obrero de la carne con dos grandes huelgas que repercutieron en el país y atravesaron al barrio en su vida cotidiana. Según la historiadora Isabella Cosse (s. f.), ambas huelgas tuvieron un carácter masivo. En la primera habrían participado mil huelguistas y tres mil trabajadores, en las movilizaciones, y en la segunda, unos seis mil en total.

La característica de la protesta obrera fue su despliegue en el territorio. Los huelguistas no solo hacían recorridas en columnas por las calles de la Villa, sino que vigilaban también los medios de transporte que ingresaban al barrio. Tanto tranvías como el vaporcito que llegaba a la zona eran registrados en el arroyo Pantanoso para evitar el ingreso de personal sustituto a las fábricas (Fariña, 1972). También los cafés y locales comerciales eran monitoreados e ingresaban en una lista negra si se disponían a colaborar con rompeshuelgas (Jung y Rodríguez, 2006).

Ambas protestas fueron fuertemente reprimidas por el Estado. El predio del frigorífico fue rodeado por soldados a caballo armados con sables y fusiles. El barrio fue militarizado con patrullaje de la Policía y del Ejército, y se sucedieron enfrentamientos con las fuerzas represivas (Jung y Rodríguez, 2006). Mientras que la primera huelga



Fotografía de la playa de faena de ovinos del Frigorífico Anglo S. A. en la ciudad de Fray Bentos a mediados de los años treinta, Imagen n.º 27, Archivo del Museo de la Revolución Industrial, original del Archivo de la Imagen y la Palabra del SODRE.

en reclamo de la Ley de Ocho Horas sin rebaja salarial fue victoriosa, la segunda, por aumento de salarios, fue finalmente derrotada (Cosse, s. f.)

Son escasos los registros sobre el sindicalismo frigorífico en las décadas siguientes, hasta la fundación de la Federación de la Industria de la Carne a comienzos de los cuarenta. Por algunos datos específicos, podemos inferir que luego de la derrota de 1917, que implicó el despido masivo de muchos activistas, la organización obrera fue desarticulada.

Las grandes corporaciones frigoríficas parecen haber adoptado luego de este proceso una política más estricta de vigilancia y de sanción ante expresiones de organización o reclamos dentro de las plantas. Javier Taks (1995) encontró en el archivo de empresa del frigorífico Anglo el registro de activistas sindicales señalados en las fichas de personal, lo que da cuenta de la existencia de listas negras.

Hay algunos registros que grafican episodios de paralización y conflictos puntuales durante estos años, que, sin embargo, no parecen haberse consolidado en términos organizativos.

En 1934 se fundó el Sociedad de Carga y Descarga, que organizó a los estibadores, un sector laboral exclusivamente masculino y estratégico en el proceso de trabajo por encontrarse al final de la cadena de producción frigorífica, pero porque además el traslado y la carga de los buques eran tareas de sumo cuidado que requerían fuerza física y cierta experticia.

Un año después, tuvieron lugar huelgas que buscaron contrarrestar despidos en algunas secciones de los frigoríficos Swift y Artigas (Porrini, 2005).

Hacia finales de los treinta, bajo el influjo del Comité de Unidad y Organización Obrera se conformó un movimiento de trabajadores frigoríficos que les reclamó a las grandes empresas una base mínima de 32 horas de trabajo ante la escasa faena y la baja producción.

En 1940, la Sociedad de Carga y Descarga tuvo su segunda fundación y, según las historiadoras Ana Frega y Yvette Trochon, se organizaron también en ese momento los funcionarios del Frigorífico Nacional (citadas en Porrini, 2005). En setiembre de 1941 ya funcionaba la sede de la Asociación de Obreros y Empleados del Frigorífico Nacional ubicada en Río de Janeiro 3849.

El movimiento de los trabajadores de la carne logró con su movilización la aprobación, el 15 de diciembre de 1941, de la Ley 10.108, mediante la cual se obligaba a las empresas frigoríficas a garantizar en la época posterior a la zafra una jornada mínima de trabajo mensual no inferior a las cien horas durante cien días. Días después, en el marco de ese movimiento, el 19 de diciembre, se fundó la Federación Obrera de la Carne del Uruguay dirigida fundamentalmente por militantes comunistas. La documentación existente no permite identificar cuáles fueron los móviles de tensión del recién conformado sindicato, pero sí podemos afirmar que el 7 de enero de 1942, en una asamblea en el teatro Edén del Cerro, los dirigentes comunistas fueron desplazados y se constituyó la Federación Obrera de la Industria de la Carne y Afines-Autónoma (FOICA) en la cual convivieron distintas corrientes, entre las que se destacan militantes anarquistas e independientes, afines a los partidos tradicionales.

El conflicto y la huelga frigorífica que tuvo lugar en 1943 en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial profundizaron las tensiones y fracturaron a la recién creada Unión General de Trabajadores (UGT).

Si bien la gremial frigorífica orientada por los militantes comunistas continuó funcionando hasta 1955 fue muy minoritaria y careció de representación en el Consejo de Salario de la rama y en la Caja de Compensaciones por Desocupación de la Industria Frigorífica, creada en 1944.

Hacia un sindicalismo de rama: comunidad, autonomía y protesta

Con una impronta heterogénea y clasista, el autonomismo frigorífico reclamó su propia polifonía en el concierto sindical de la época. Se constituyó como una organización de tendencias, con una estructura federativa que nucleó a la gran mayoría de los sindicatos de la industria de la carne y afines. De perfil negociadora pero también confrontativa, orientó su actividad de forma pragmática e independiente. Dos premisas fundamentales articularon a este sindicalismo frigorífico, la prescindencia política por un lado y la solidaridad de clase por otro. La lógica particularista del autonomismo frigorífico se podría inferir como el producto de una reacción defensiva ante la percepción de sectores de trabajadores de la existencia de una excesiva ideologización y captación sindical por parte de las izquierdas partidarias.

La FOICA estableció su sede propia en 1949, en un amplio local ubicado en la calle Grecia, en el centro del Cerro. Allí estableció sus oficinas, donde funcionaron los distintos organismos: Comisión Administrativa, Consejo Federal, Consejo de Delegados, así como también las ollas populares en momento de conflictos. Sus instalaciones contaban además con un salón

La FOICA suscitó un apoyo más significativo entre los trabajadores y trabajadoras frigoríficos que la eligieron sucesivamente como representante ante los organismos estatales. Además, tuvo una mayor inserción barrial en el Cerro y se transformó rápidamente en centro de referencia para otros sindicatos del oeste montevideano.

social con cantina, en la que, entre otras bebidas, se servía grapa con limón.

Unos años después de inaugurar su sede, la gremial decidió ampliar sus instalaciones con una nueva edificación donde funcionaron el teatro y la biblioteca (*Lucha!*, marzo de 1952). Allí se reunía el Congreso de Delegados, se ofrecían espectáculos artísticos y se dictaban distintos cursos. Muchos cantautores hicieron shows solidarios en la sala del teatro, entre ellos, en los convulsivos sesenta, actuaron Alfredo Zitarrosa y Mercedes Sosa.

El proyecto de ampliación impulsado por la Comisión Sede Propia también incluía un centro médico para la atención de los afiliados y sus familias, que no se llegó a concretar (*Lucha!*, marzo de 1952).

Desde mediados de los cuarenta, la FOICA publicó su órgano *Lucha!* con un tiraje que rondaba los dos mil ejemplares por número. Algunos de sus sindicatos filiales también tenían sus propios periódicos, que se emitieron con distinta periodicidad, fundamentalmente en los años cuarenta y cincuenta: *Innovación*, *Emancipación* y el órgano de la Asociación de Supervisores y Empleados de la Industria Frigorífica, entre otros.



Cantina de la Federación Autónoma de la Carne. De izquierda a derecha: *Pocho* Muñoz, José Mikinki Besada, Carmelo Hernández, *Carpincho* Larrosa, *Nene* De León, Nicar Trujillo. Museo de los Trabajadores Frigoríficos, Ajupen-FOICA.

308 FEDERACION AUTONOMA DE LA CARNE
Biblioteca "FLORENCIO SANCHEZ"
CALLE HOLANDA 1735

NOMBRE *Maricel Pichero*
DIRECCION *Camino a Fucules*
TEL. *2411*
OCUPACION *estudiante*
DOCUMENTO DE IDENTIDAD N° *0258920*
FECHA DE NACIMIENTO *12-8-49*
INGRESO *6-4-64*



Declaro conocer y aceptar las disposiciones reglamentarias de la Biblioteca "Florencio Sánchez" de la F. O. I. C. A. aprobadas por la Comisión Administrativa el 20-3-61.

FIRMA *Maricel Pichero*

Ficha personal de la Biblioteca «Florencio Sánchez» de la Federación Autónoma de la Carne. Archivo FOICA, Museo de la Industria de la Carne, Ajupen, FOICA. Fotografía tomada por Lucía Siola.



Fachada de la sede de la Federación Autónoma de la Carne, boletín *Lucha!*, mayo de 1949, p. 8.

En sus páginas se publicaban artículos sobre la realidad de la industria frigorífica, sobre las conquistas logradas por las organizaciones y sobre la realidad cerrense, promoviendo en esta dimensión distintas iniciativas para la mejora social o de infraestructura del barrio, así como eventos culturales. Entre otras iniciativas comunitarias, se pueden destacar los proyectos para la construcción de un centro cívico, las acciones de la Comisión de Fomento del barrio para la construcción de instituciones educativas y la creación de una casa cuna.

Otros de los medios de comunicación predilectos del sindicalismo de la carne fueron la radio y los mitines públicos. La FOICA contaba con un programa de radio semanal en CW 47 de Montevideo, todos los viernes a las 19 horas y organizaba actos informativos en las calles del barrio, donde hacían uso de la palabra los dirigentes que le explicaban a la masa de trabajadores y a la vecindad las resoluciones del gremio, la situación de la industria y los conflictos con las patronales, así como los procesos de luchas sindicales.

La noción de solidaridad de clase fue sin dudas el gran articulador del sindicalismo autónomo de la carne. Esa fue la premisa para homogeneizar y construir un discurso colectivo para la acción común de miles de trabajadores y trabajadoras en torno a una organización. Además, fue un principio para el relacionamiento con otros sindicatos autónomos y trabajadores en conflicto. Los trabajadores y trabajadoras frigoríficos ejercieron la solidaridad de forma muy activa con el personal de otros sectores. En las fábricas existía un registro de los conflictos en otros sectores e industrias y en varias ocasiones obreros y obreras de sección se negaban a cumplir tareas que presentaban vinculación con empresas que

mantenían problemas con sus trabajadores. Así, desde el segundo lustro de la década de 1940 se registraron resoluciones del Consejo Federal de paralización indefinida en solidaridad con huelgas obreras que sufrían la represión estatal (Acta CND, 27 de mayo de 1947).

En 1951 y 1952 la Federación Obrera de la Carne tuvo un lugar protagónico en la *huelga de los gremios solidarios*. En esa ocasión, junto con otros sindicatos autónomos, los trabajadores y trabajadoras de la carne paralizaron sus tareas durante un mes en defensa de las libertades sindicales y en solidaridad con la huelga del sindicato de ANCAP, en lo que constituyó prácticamente una huelga general.

Surgió así la referencia que aún persiste en la memoria cerrense sobre la existencia del Paralelo 38, en alusión al trazo que dividía a las Coreas en guerra y que en este caso replicaba los enfrentamientos que los militantes y trabajadores tenían con la Policía en el ingreso al barrio ubicado en el puente del Pantanoso. La acción sindical tenía así un despliegue y un sentido de apropiación territorial al que se sumaban otros actores de la zona.

Al igual que había sucedido con los grandes conflictos de las primeras décadas del siglo XX, comerciantes y organizaciones barriales manifestaron su solidaridad con los trabajadores y trabajadoras en conflicto y exigieron el retiro de las tropas del Ejército que, junto a la Policía, patrullaban la zona.

La Huelga de la Solidaridad finalmente triunfó y fue festejada en diversos mitines que tuvieron lugar en el Cerro y en la Teja. Sin embargo, un año después, ante un escenario de gran conflictividad sindical y de giro conservador en la conducción gubernamental con la conformación

del Ejecutivo colegiado presidido por el colorado Martínez Trueba se decretaron Medidas Prontas de Seguridad (MPS). Ante su aplicación los gremios solidarios integrados por los sindicatos de la Usina del Gas, de ANCAP, de la industria naval, así como los portuarios, omnibuseros, tranviarios y frigoríficos resolvieron la huelga por tiempo indeterminado como forma de rechazo a lo que consideraban un atentado a las libertades públicas y sindicales.

El oeste montevideano y en particular el Cerro fueron militarizados. El Ejército ocupó las calles y dispuso tropas en el Frigorífico Nacional con el objetivo de retomar la producción que estaba paralizada por la huelga de los sindicatos frigoríficos. También militarizó las estaciones del ferrocarril y puso guardias militares en los transportes públicos para obligar a su funcionamiento.

La barriada cerrense se vio conmovida ante la situación, como recuerda Juan Carlos Mechoso: «Yo vi a las doñas con piedras en los delantales tirándoles a los militares» (Jung y Rodríguez, 2006).

Según los partes policiales, la huelga fue total en las plantas frigoríficas y se abandonaron las guardias esenciales en momentos de ingreso de las tropas del Ejército.

El local de la FOICA fue allanado y dos de sus principales dirigentes, Felipe López y Francisco Pastor, fueron detenidos, incomunicados e internados en propiedades del Ejército en la frontera de Rocha con Brasil (Boletín ASEIF, octubre de 1952).

Se prohibió el derecho de reunión, así como la difusión y propaganda sobre el conflicto. Cientos de personas fueron detenidas en la vía pública, en locales comerciales y en sus hogares. Además,

según denunciaba *Lucha!*, también se sucedieron detenciones en domicilios durante la noche (Lucha!, noviembre de 1952).

La radio Carve clausuró la audición radial que semanalmente tenía la FOICA. Según los relatos de protagonistas, la propaganda que circuló en la zona fue producida de forma clandestina por los trabajadores activistas.

Si bien la huelga fue derrotada y más de tres mil trabajadores fueron despedidos de las fábricas, en particular del Frigorífico Nacional, la organización se mantuvo funcionando y, un año después, a través de mecanismos legales, ya había logrado la reincorporación plena de la mayoría de los despedidos (Folleto Foica, 1953).

Los intensos episodios represivos ante estas dos grandes huelgas generales fueron otro factor de reforzamiento de los lazos de solidaridad entre los sindicatos y los habitantes del barrio y de construcción de identidad comunitaria cerrense. La movilización social involucró e integró a trabajadores industriales y a sus familias, a comerciantes, a profesionales y a maestros de las escuelas de la zona, y generó un sentido colectivo ante la violencia militar. Síntesis de ello fue la creación, en 1952, del Ateneo Cerro-La Teja, que integró militantes sindicales de diversas organizaciones, así como jóvenes y vecinos de la zona.

Además, como las movilizaciones frigoríficas se desarrollaban en el mismo lugar de residencia de sus trabajadores, tenían la particularidad del *arrastre*, pues involucraban de modo directo o indirecto al conjunto de la familia y a vecinos o vecinas que, con distintos papeles, participaban también de las protestas y en los pequeños actos de sabotaje. Los pequeños comerciantes y los feriantes colaboraban además en las actividades

de sostén de las huelgas con donaciones de variado tipo. Las mujeres, por su parte, también organizaban campañas de recolección de alimentos y de recepción de donaciones, y tenían participación en las ollas populares.

La familiaridad que surgía de compartir en un mismo espacio el tiempo de trabajo y de no trabajo fue un elemento que —como señaló Eric Hobsbawm (1991)— potenció al movimiento obrero frigorífico y le permitió desenvolverse en un micromundo que atravesó las distintas dimensiones de la vida cotidiana.

La sociabilidad y el encuentro masculino en los boliches, luego de la salida de las fábricas, la participación en diversas asociaciones barriales de fomento para la mejora de la infraestructura urbana, la participación en clubes deportivos, así como el encuentro cotidiano en los almacenes a la hora de los mandados o en las escuelas donde los hijos e hijas de los trabajadores y trabajadoras frigoríficos concurrían, permitían otro tipo de

vínculos y lazos donde lo colectivo tenía un papel destacado.

La creaciones desde abajo y las expresiones colectivas fueron también moneda corriente en el Cerro de mediados de siglo, donde los trabajadores y trabajadoras frigoríficas y sus familias participaron. Existían además diversas asociaciones de inmigrantes que buscaban mantener e integrar aspectos de la cultura de origen a la vida cotidiana cerrense. Para ello, organizaban eventos culinarios, festivales musicales y artísticos, y publicaban también sus propios periódicos. También funcionaron varias cooperativas de consumo, una de las cuales era la de los trabajadores del Frigorífico Nacional.

Todo esto dotaba a la familia frigorífica de un sentido de pertenencia al barrio que los sindicatos frigoríficos expresaron en sus movilizaciones y luchas: la apropiación y el control territorial de la zona.

La resistencia sindical a la reestructuración productiva en el ocaso de la gran industria frigorífica

Tres características hacían de la FOICA un sindicalismo particular para los años cincuenta: su masividad, su combatividad y su inserción territorial en tramas comunitarias de trabajadores.

Desde comienzos de esta década, la producción y el comercio de carnes se vieron atravesadas de una larga crisis que culminó con una reestructuración productiva, que culminó con la dictadura civil-militar con el cierre definitivo del Frigorífico Nacional y de las grandes plantas.

Fueron la tenacidad y la acción de los sindicatos de la FOICA las que dilataron en el tiempo este proceso a partir de una gran diversidad de medidas que buscaron defender las fuentes laborales y los derechos sociales adquiridos.

Desde 1956 hasta 1961 las luchas frigoríficas mostraron un gran repertorio y creatividad en materia de movilización y protesta. Marchas a pie desde Fray Bentos a Montevideo, huelgas de hambre de dirigentes, ateneos, actos y mesas redondas para buscar soluciones al cierre de



Campamento frigorífico de obreros de la Unión Obrera Río Negro de Fray Bentos, s. f.. Archivo Museo de la Industria Frigorífica, Ajupe.

las fábricas, huelgas generales, campamentos y elaboración de proyectos cooperativos fueron algunas de las actividades e iniciativas que llevaron adelante.

Las luchas frigoríficas durante estos años fueron difíciles. La conformación de Establecimientos Frigoríficos del Cerro S. A. (EFCSA) como una cooperativa obrera buscó reabrir las plantas que las empresas estadounidenses habían abandonado al retirarse del mercado uruguayo. El proceso de conformación y puesta en marcha de la nueva empresa, una sociedad anónima propiedad de los trabajadores y trabajadoras en planilla hasta 1957, cuya gestión estuvo en manos de un directorio *técnico* compuesto por reconocidas figuras del ámbito político y rural, dividió a la población cerrense, a los trabajadores frigoríficos y a la propia FOICA.

La reapertura de una sola de las plantas frigoríficas produjo una primera división entre aquellos trabajadores que fueron convocados para trabajar y quienes permanecieron desempleados. El cierre velado del frigorífico Swift tensionó la interna de la federación y suscitó el cuestionamiento de la Unión Obrera Swift (UOS) ante la estrategia de los dirigentes y sindicatos más comprometidos con la gestión de EFCSA. La idea de que la empresa constituía una verdadera cooperativa obrera llevó al sindicato del Frigorífico Artigas a no aprobar medidas de lucha para no perjudicar la producción. Todas estas discusiones atravesaron al barrio e implicaron también la división al interior mismo de las familias obreras entre quienes trabajaban en una fábrica u en otra, y entre los propios dirigentes de la FOICA. Además tuvieron lugar mítines y movilizaciones de los distintos sindicatos en diversos puntos del barrio donde confrontaban posiciones entre sí, y la UOS ocupó la fábrica exigiendo su reapertura (Siola, 2019).

En este marco, se consolidó en 1959 una vertiente del sindicalismo libre vinculado a la Confederación Sindical del Uruguay, que ya tenía cierta influencia desde la década anterior y que se estructuró a partir de la captación de los dirigentes más vinculados a la gestión de EFCSA. Así, después de casi dos décadas de existencia, la organización más significativa de los trabajadores frigoríficos se fracturó. La federación obrera quedó debilitada en el Cerro, pero continuó funcionando y adoptando medidas de lucha, con mayor participación de los trabajadores y sindicatos fraybentinos (Siola, 2019).

Casi veinte años después de la emergencia del autonomismo, los comunistas volvieron a participar e insertarse en la gremial de la carne a partir de una importante militancia en el Sindicato de Obreros y Obreras del Frigorífico Nacional (Siola, 2019).

El 28 de mayo de 1961, la FOICA concretó por primera vez una paralización de tareas para conmemorar el día de sus mártires, a quienes les rindió homenaje de allí en más. Estos habían sido sindicalistas que perdieron la vida en el marco de movilizaciones y conflictos que tuvieron lugar en esos años: César Muñoz, Ruben Paleo, Walter Mota, Justo Páez y Raúl Denis fueron los que perduraron en la memoria del sindicalismo frigorífico.

Durante los años sesenta, ya en momento de declive de las grandes fábricas, con la planta Swift cerrada, la FOICA, debilitada por su fractura interna y por el propio proceso de descentralización y reestructuración de la industria, se abocó a organizar a las fábricas del cordón industrial que se conformó en los márgenes de Montevideo. Integró a sus filas a los sindicatos de los frigoríficos Canelones, Cruz del Sur, Comargen y Tacuarembó,

entre otros, y desarrolló un movimiento de equiparación salarial y de beneficios sociales que se logró, a partir de la presión y movilización, con la creación de la Caja de Compensaciones de la Industria del Interior, fundada en 1966 con la Ley 13.552 (Siola y Girona, 2013).

Si bien en ese momento el cuadro general del sindicalismo había cambiado, la FOICA mantuvo su impronta autonomista y no se integró de forma inmediata a la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) hasta su segundo congreso (Porrini *et al.*, 2023). La tradición de presidencia política siguió siendo muy fuerte en el sindicalismo frigorífico, que continuó reclamando su independencia y su lugar preponderante de expresión particular del movimiento obrero industrial.

En 1969, ante el decreto del presidente Jorge Pacheco Areco de quitar los dos kilos de carne diarios por trabajador que los sindicatos frigoríficos habían conquistado como beneficio social, la FOICA protagonizó una de las huelgas más extensas y convulsas del período.

El Cerro rememoró, ahora en un escenario ya generalizado de autoritarismo, el Paralelo 38 con numerosas barricadas en las calles que buscaban

impedir el paso de la policía al interior del barrio. Viejas y nuevas generaciones, trabajadores y trabajadoras y vecinos y vecinas se encontraron en las calles de la otrora Villa Cosmópolis en lo que se puede caracterizar como el último gran hito de aquellas grandes luchas frigoríficas.

Para ese entonces, el sindicalismo frigorífico había mutado. La organización se había transformado y sus filiales estaban más distribuidas en el territorio nacional producto de las mutaciones propias de la industria de la carne. El particularismo de la cultura obrera autónoma cerrense fue cediendo terreno hacia una integración más general al movimiento sindical cenetista. Finalmente, el sindicalismo frigorífico participó en la huelga general convocada por la CNT ante el golpe de Estado de 1973, con mayor amplitud y diversidad territorial. Varios frigoríficos de Canelones y el Frigorífico Nacional en el Cerro fueron ocupados por los trabajadores y trabajadoras (Siola y Girona, 2013).

Como ya señalamos, el período dictatorial —represión y terror mediante— fue sin dudas un parteaguas en la vida sindical frigorífica que transformó su composición, sus premisas político-gremiales, y sus anclajes en el territorio.

Referencias

- Barrán, J. P., y Nahum, B. (1968). *Historia rural del Uruguay Moderno*. Vol. 2: La crisis económica: 1886-1894. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Boretto, R. (2014). *Fray Bentos: patrimonio cultural e industrial: historiografía 1855-1955*. Montevideo: s. d.
- Cosse, I. (s. f.). *Obreros y vecinos, huelgas en los frigoríficos (1915-1917)* (Monografía inédita).
- Di Meglio, G., Fradkin, R., y Thul Charbonnier, F. (2019). ¿Huelgas antes de los sindicatos? Notas para una historia larga de las luchas de los trabajadores en Argentina y Uruguay. *Archivos De Historia Del Movimiento Obrero y la Izquierda*, (14), 11-31. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n14.64>
- Fariña, F. (1972). *Lo que tal vez no se sepa*. Buenos Aires: s. d.
- Hobsbawm, E. (1991). El trabajo en la gran ciudad. *Entrepasados*, (1).
- Jung, M. E., y Rodríguez, U. (2006). *Juan Carlos Mechoso Anarquista*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Lobato, M. Z. (2001). *La vida en las fábricas: Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Muñoz, P. (2011). *La primera huelga general en el Uruguay: 23 de mayo de 1911*. Montevideo: La Turba.
- Muñoz, P. (2021). *Antonio Loredo, el anarquismo revolucionario a comienzos del siglo XX*. Montevideo: Culmine Ediciones.
- Porrini, R. (2005). *La nueva clase trabajadora uruguaya (1940-1950)*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.
- (Coord.) (2023). *El Cerro, una comunidad obrera en crisis (1957-1973)*. Montevideo: Universidad de la República.
- Siola, L. (2019). El adiós al Swift y al Armour: crisis y respuesta de los sindicatos friyeros del Cerro frente al cierre de los frigoríficos. *Claves Revista de Historia*, 5(9). <https://doi.org/10.25032/crh.v5i9.12>
- Siola, L., y Girona, M. (2013). *Soofrica. Los orígenes del sindicato de obreros y obreras del Frigorífico Canelones. Una historia de rupturas y continuidades, de derrotas y triunfos*. s/n, folleto realizado en el marco de PAIE CSIC, Montevideo.
- Taks, J. (1995). *Informe de relevamiento realizado en el Archivo Obrero del Museo del ex Frigorífico*. Fray Bentos.
- Zubillaga, C. (1996). *Pan y Trabajo. Organización sindical, estrategias de lucha y arbitraje estatal en Uruguay (1870-1905)*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.

Fuentes

- Acta Congreso Nacional de Delegados, 27 de mayo de 1947. Archivo del Museo de la Industria Frigorífica, AIJUPEN, Cerro de Montevideo.
- Folleto FOICA, recurso de revocación de despidos, enero de 1953.
- Boletín Lucha!* Órgano de la Federación Autónoma de la Carne, año VI, n.º 40, Marzo 1952 y año VI, n.º 42, noviembre de 1952
- Boletín ASEIF*. Órgano de la Asociación de Supervisores y empleados de la Industria Frigorífica, año IV, octubre de 1952

Transformaciones globales, efectos concretos.

Reflexiones a partir del problema
de los accidentes laborales
en la industria ferroviaria
durante la última dictadura uruguaya

Sabrina Alvarez

A lo largo de los setenta el capitalismo global comenzó a cambiar su patrón de acumulación. Varios estudiosos señalan que en ese momento se puso fin al modelo de desarrollo sostenido a partir del final de la Segunda Guerra Mundial y comenzó uno nuevo que sentaría las bases de uno mucho más flexible y que rige, con algunos cambios, hasta la actualidad (Harvey, 2009; Silver, 2005).

Un pequeño país, al sur del mundo occidental, vivió bajo un régimen autoritario (1968-1973) y dictatorial (1973-1985) que llevó adelante, además de una sostenida práctica de terrorismo de Estado, una serie de medidas económicas que buscaron reubicar al país en el concierto internacional (Arce y Olesker, 1990). Esas medidas estuvieron condensadas en el Plan Nacional de Desarrollo 1973-1977 diseñado en 1972 y reajustado en distintos cónclaves civil-militares (Yaffé, 2009). Estos procesos, podría decirse, macroeconómicos (y políticos) impactaron en la vida de las personas en formas muy concretas. En este capítulo trataré de mostrarlo a través de la descripción y análisis del problema de la accidentalidad laboral en la empresa estatal Administración de Ferrocarriles del Estado (AFE), las explicaciones y respuestas de autoridades de la empresa y una caracterización de los cambios que sufrió la mano de obra ferroviaria en el período. Cabe señalar que las ideas que

aquí vuelco forman parte de una investigación en curso centrada en la conflictividad laboral en la industria ferroviaria durante la última dictadura. De todos modos, algunas de estas ideas se alimentan del conocimiento de otros casos en la región que permiten ensayar algunas conjeturas, al menos de modo preliminar.

En última instancia, el objetivo central de este capítulo es contribuir en la reflexión de una arista poco conocida del impacto de las políticas económicas desplegadas durante la última dictadura civil-militar en la clase trabajadora: la dimensión de clase de la dictadura y su relación con grandes transformaciones económicas globales. En ese sentido, el análisis de lo acaecido en el marco de una empresa estatal como AFE —en un asunto tan específico como el de los accidentes laborales— refleja posturas patronales respecto del valor del trabajador y su familia y, en consecuencia, el carácter de clase de algunas medidas llevadas adelante en un marco mayor como el de las grandes transformaciones del capitalismo a escala global.

El carácter de clase de la dictadura se puede inferir del hecho de que gran parte de esas políticas se fueron delineando durante los gobiernos constitucionales que precedieron al quiebre institucional de 1973, pero lograron implementarse de forma sostenida cuando se

desorganizó a la clase trabajadora nucleada en organizaciones políticas y sindicales que

se oponían desde fines de los cincuenta a las políticas liberalizadoras y fondomonetaristas.

El problema de los accidentes y el ausentismo en la industria ferroviaria

Los accidentes laborales por descarrilamientos de material rodante y al interior de los talleres ferroviarios tienen una larga historia.¹ Para el caso uruguayo hay muy pocos estudios sobre la industria ferroviaria en general menos aún sobre este asunto tan específico. En este sentido, mis consideraciones son pioneras y, con sus defectos y virtudes, deben ser tomadas como tales. Al inicio de

mi investigación el asunto no me pareció tan relevante, pero comenzó a tomar otra dimensión cuando me encontré con que las propias autoridades de la empresa lo resaltaban reiteradamente como un problema.² Antes de la intervención militar de AFE en abril de 1973, trabajadores y autoridades intermedias informaron sobre distintos problemas que enfrentaban en materia de condiciones de

-
- 1 La web <https://www.railwaysarchive.co.uk/statsaccidentdatabyyear.php> sistematiza información histórica sobre accidentes ferroviarios en Gran Bretaña. Para América Latina no hay trabajos de ese tipo, pero, considerando el hecho de que esta fue una industria importada desde Europa, se podría suponer que padeció, al menos, problemas similares.
 - 2 A pesar de ello, la documentación de AFE es opaca en cuanto al problema ya que, por un lado, fueron cambiando los criterios para el registro por lo que es difícil construir series uniformes para todo el período. Pero, además, es de suponer que hubo una tendencia a la invisibilización o quita de gravedad puesto que, asumir abiertamente este problema, significa asumir un fracaso (o un abuso) en la gestión empresarial algo poco deseable.

trabajo. La Gerencia de Material y Tracción presentó un informe a comienzos de 1972 en el que se abonaba la idea de que la crítica situación en la que se encontraban los talleres se debía a la falta de personal capacitado y a las dificultades para adquirir instrumental elemental para llevar adelante las distintas tareas. Del personal necesario solo contaban con el 50 %, el que, además, estaba próximo a la edad de retiro. Como consecuencia, se desaprovechaba el potencial de la infraestructura, el ritmo de la producción era lento, se dedicaban tiempos y esfuerzos a mejorar lo que había (material más bien obsoleto) y se limitaban las posibilidades de mejorar la situación producto de la pérdida de trabajadores calificados que deberían capacitar a los nuevos (AFE. Gerencia de Material y Tracción a Gerencia General, 1972). El directorio interventor buscó atender algunos de estos problemas invirtiendo en mejorar la infraestructura (Bertino, 2019). Sin embargo, guiados por los preceptos del Plan Nacional de Desarrollo 1973-1977 el objetivo central era otro: redireccionar el servicio al transporte de cargas y contribuir en el control del déficit (Bertino, Moreira y Díaz, 2015).

En distintos documentos sindicales, desde, por lo menos, 1969 se informaba sobre las condiciones críticas en las que desarrollaban sus tareas lo que generaba que muchos trabajadores, con oficios especializados, optaran por

buscar trabajo en otros lugares lo que hacía que se perdiera mano de obra valiosa y con ello, la posibilidad de que capacitaran a otros (Alvarez, 2021). Cabe señalar que, de alguna manera, gran parte de los espacios laborales son lugares de formación de los trabajadores que aprenden allí las tareas que realizan. Esto en el ámbito ferroviario estaba institucionalizado con el régimen de *aprendices o meritorios* —heredado del período de gestión británica— por el que jóvenes —principalmente de familias ferroviarias— ingresaban a ese mundo del trabajo.

Tanto en las consideraciones de la Gerencia de Material y Tracción como en la de la UF, antes del período que abordamos no se destacaba el problema de la accidentalidad, sino que la mayor preocupación era la retención de mano de obra y las posibilidades de producción del servicio. Considerando lo que veremos en las próximas páginas, es de suponer que, el proceso de ahogo presupuestal que vivió AFE antes de la dictadura y la presencia de un sindicato fuerte en los lugares de trabajo, hizo que no se desarrollaran tareas que pusieran en riesgo los cuerpos de los trabajadores.

Uno de los planteamientos más sustantivos respecto del problema de los accidentes laborales lo encontré en la intervención de la doctora Blanca Castrillón de la Repartición

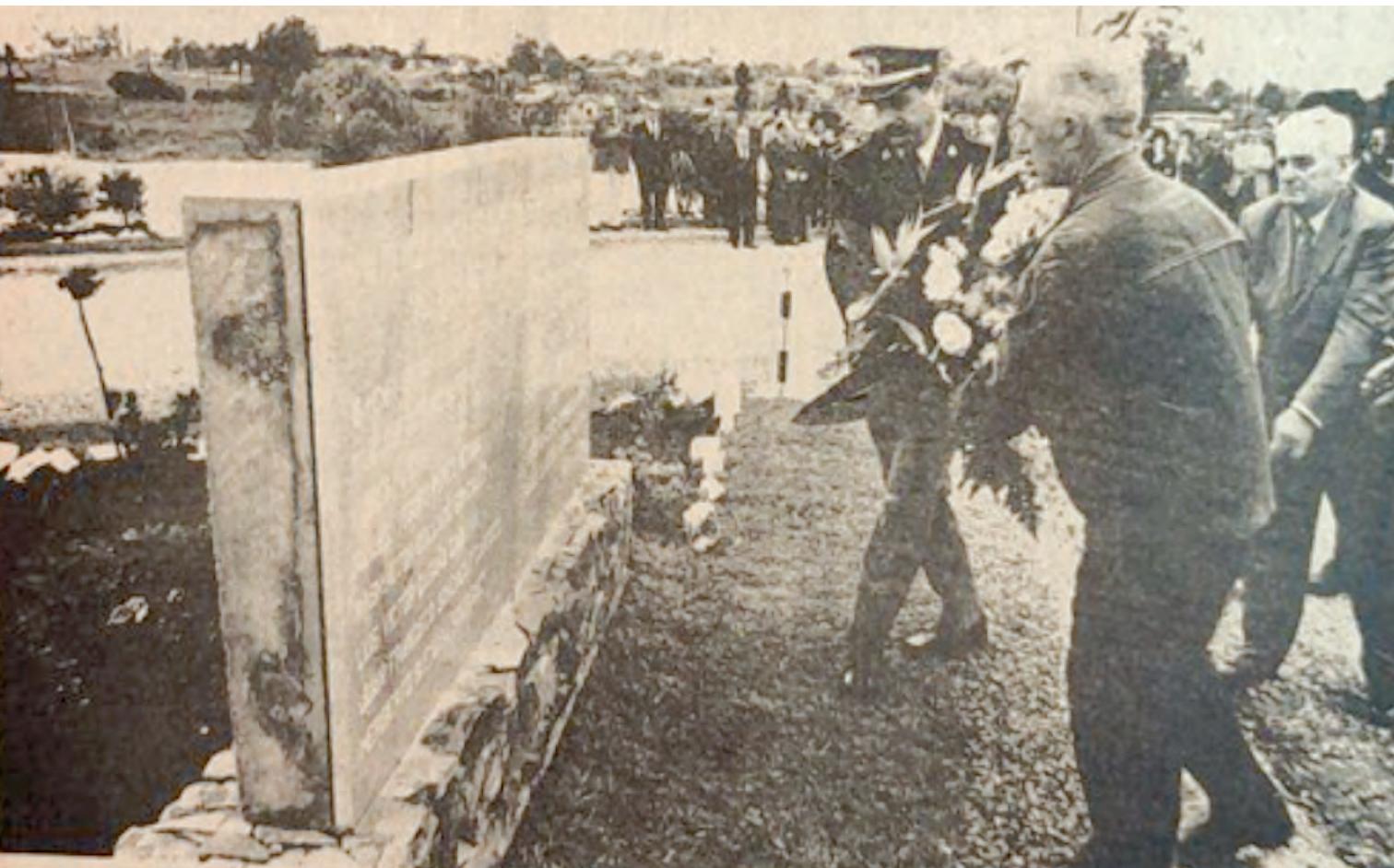
Servicio Médico e Higiene en el marco de las Primeras Jornadas Médico Ferroviarias en 1976.³ Castrillón señaló que «el elevado número de accidentes de los últimos meses, constituye una profunda y real preocupación para las autoridades de AFE como también para la Comisión de Seguridad» (AFE. Servicio médico e higiene, 1976). En el porqué de esa preocupación y las posibles soluciones planteadas me detendré más adelante.

Por otra parte, el problema del ausentismo fue objeto de seguimiento en las Memorias anuales de la empresa y en las Jornadas Médico ferroviarias de 1978 (AFE. Servicio médico e higiene, 1978). De acuerdo a los datos que sistematicé hasta el momento, la evolución del fenómeno es relativamente coherente con la del número de trabajadores y la de la atención de accidentes laborales por parte del servicio médico. Además, durante el período abordado el servicio médico incrementó los controles respecto de la adjudicación de días de licencia ya que entendían que se abusaba de esa herramienta. Si, asumiendo que esta política fue exitosa, llama la atención que el porcentaje de ausentismo sea coherente con el número

de trabajadores. En este sentido, se podría conjeturar que la mayor demanda de trabajo, al ritmo de las obras para «recuperar el ferrocarril», llevó a un mayor desgaste de la salud de los trabajadores y, por ende, un ritmo similar de solicitudes de licencia.

El abordaje de este fenómeno es complejo y también opaco. Hay autores como el sociólogo Michael Burawoy (1989) o el estudioso de las relaciones industriales Richard Hyman (1989) que lo interpretan como un indicador de la conflictividad laboral porque refleja, a fin de cuentas, el desgaste de la relación capital-trabajo en el cuerpo de los trabajadores. Frente a esta situación, de forma individual, los trabajadores también «se las arreglan» para zafar de ir a trabajar a fin de extraer el mayor beneficio de una situación a la que ingresan por la coacción de la necesidad de garantizarse los medios para reproducir su vida —y la de su familia en caso de que la tengan— y hasta disfrutar de su tiempo libre. En cualquier caso, significa un desafío para la organización del trabajo y las metas en la producción. Justamente, en los años referidos, AFE estaba procurando llevar adelante un conjunto de políticas orientadas

3 El Servicio Médico existía desde el período de gestión británica y tendría su antecedente en el siglo XIX en la sociedad mutual organizada por los trabajadores del riel. Desde ese entonces se habría ido gestando una tradición de médicos especializados en la atención de los ferroviarios y sus familias. En el momento de la nacionalización y estatización del servicio ferroviario la sección encargada quedó en la órbita de AFE.



Acto conmemorativo de la explosión de la cantera de Suárez. Ese día se colocó una placa con los nombres de los quince trabajadores muertos, ubicada en las proximidades de la cantera. Luego, fue relocalizada en el centro de la localidad, frente a la escuela. Imagen tomada de AFE. *Revista Rieles*, noviembre de 1977.

a *recuperar* el ferrocarril. Como decía más arriba, estas consistieron en la readequación del servicio para orientarlo, fundamentalmente, al transporte de cargas lo que llevó al incremento de la demanda de trabajo. Esto se observa sobre todo en sectores como el de producción de canteras, vía y obras y talleres.

Un evento extremo del problema de la accidentalidad laboral en AFE fue el de la explosión de la cantera propiedad de la empresa ubicada en la localidad de Joaquín Suárez (departamento de Canelones) el 7 de octubre de 1977, en el que murieron quince trabajadores. Este accidente laboral es, hasta el presente, el más grande de la historia de Uruguay. Se produjo porque un trabajador sin capacitación para el manejo de explosivos estaba cubriendo tareas que no le correspondían. En un movimiento inapropiado hizo caer material explosivo y con ello se generó una detonación que, de acuerdo a testimonios de la época, se sintió hasta en lugares a más de 20 km de distancia del epicentro. El accidente se produjo en un momento de trabajo acelerado en la extracción de piedras para la puesta a punto de la vía para el traslado de carga para la exportación (Giudice, 2010).

Cabe señalar que el problema de la accidentalidad no fue exclusivo de AFE. De acuerdo a cifras que presenta José Bottaro (1985) en su libro *25 años de movimiento sindical*

uruguayo en 1968 hubo 33.000 accidentes laborales, en 1975, 37.450 y en 1977, 42.000. Los más numerosos de 1977 correspondían al área industrial (17 %), pero, por lo general, estos no eran de «gran importancia por sus consecuencias». Sin embargo, un 16 % —los más graves— se produjeron en la industria de la construcción; mayormente en las obras de Punta del Este y Salto Grande. Un 11 % correspondía al sector agrícola y ganadero y un 9 %, a la industria metalúrgica. Entre las principales causas identificaba el «vertiginoso crecimiento» en la industria de la construcción en Punta del Este; la aceleración del ritmo de trabajo en las obras de Salto Grande; el «brusco desarrollo» de las industrias relacionadas con las explotaciones no tradicionales donde se habían instalado plantas que no atendían adecuadamente la exposición al riesgo (entre estas destacaba las fábricas de calzado, prensas de cuero y complejos citrícolas); el crecimiento en la exportación de los rubros tradicionales; los accidentes en la industria pesquera. El 98 % de los accidentes eran evitables cumpliendo con lo previsto en la ley de accidentes, pero, asevera Bottaro (1985) que «eran las condiciones de trabajo las que llevaban al obrero, acosado económicamente, indefenso gremialmente, a admitir situaciones contrarias a elementales normas de seguridad...». El crecimiento del número de accidentes y la explicación de las causas coincide con las

explicaciones brindadas por el brillante trabajo de Ana María Ribeiro Barros Silva (2022) relativo a Brasil en el mismo período, cuando este país se volvió «campeón» mundial en materia de accidentes laborales. Ribeiro Barros analiza el problema de los accidentes, la salud laboral y las estrategias patronales y estatales en torno al mismo que fueron

desde el ocultamiento hasta el fomento de especializaciones en prevención y rehabilitación de la mano de obra accidentada, en un período de incremento de la explotación de la mano de obra (Ribeiro Barros Silva, 2022). No sería sorprendente que en Uruguay haya sucedido algo similar.

Las autoridades de AFE ante el aumento de los accidentes y el fenómeno del ausentismo. ¿Qué trabajador y para qué?

Por el momento el conjunto de fuentes más transparente sobre este asunto son las actas de las Jornadas Médico Ferroviarias. Promovidas por el directorio militar interventor, hacen pensar que respondieron, fundamentalmente a su demanda y en términos generales, a su forma, de ver el asunto. Además, de acuerdo a la respuesta oficial dada ante el accidente de Suárez, es bastante evidente la coincidencia. En términos generales observo que se preocuparon y pretendieron atender el tema, pero, en última

instancia, porque necesitaban de una mano de obra que se mantuviera funcional, en un momento de incremento de la demanda de trabajo en función de los «planes de recuperación» de la empresa (AFE. Servicio médico e higiene, 1976).

El seguimiento de las explicaciones de las causas del problema permite inferir qué idea de trabajador tenían las autoridades al tiempo que se trasluce el lugar del empleador en su responsabilidad en la reproducción de

la fuerza de trabajo, en el sentido de que este se encontrara en condiciones físicas apropiadas para desarrollar sus tareas.⁴ La ponencia de Castrillón en las primeras jornadas (1976) resulta muy ilustrativa respecto de la perspectiva que tenían los médicos de la empresa. Castrillón identificaba las siguientes causas de los accidentes: «factor personal inseguro» lo que significaba que «hubo de parte del accidentado falta de habilidad, de precaución, de conocimiento del trabajo.» Decía que la mayor parte de los accidentes se produjo entre los más jóvenes que «con su impaciencia, inexperiencia e imprudencia, no creen en el peligro, desconocen el trabajo, pero creen poder hacerlo». Un segundo conjunto de causas estaba asociado al agotamiento por extensión de la jornada laboral (en algunos sectores de la empresa, jornadas de once a dieciséis horas diarias). Había otros factores como alimentación insuficiente, desarraigo familiar, trabajo a disgusto, enfermedades como epilepsia, hipertensión y alcoholismo.

En síntesis, la responsabilidad recaía, fundamentalmente, en el trabajador. El lúcido análisis de Leonardo Giudice en torno a cómo se recuerdan las causas de la explosión de la cantera es ilustrativo de esto. Giudice señala

que quedó identificado una especie de Judas (el operario de diecinueve años, asignado a otras tareas) como el que cometió un error. El servicio de propaganda y comunicaciones de AFE, encargado de publicar la revista propagandística *Rieles*, señaló al poco tiempo del accidente que «nos llenan de congoja y nos ahogan las palabras, aflorándonos la rebeldía contra ese algo frente al que todos nos sentimos impotentes, y, ante el que siempre tenemos que claudicar... EL DESTINO» (AFE, 1977. Revista *Rieles*). En cualquier caso la empresa no asumía ninguna responsabilidad por lo sucedido.

En las Jornadas médico-ferroviarias de 1978 Castrillón hizo una nueva presentación con énfasis en el problema del ausentismo. Al respecto les recordaba a sus colegas que era importante que, más allá de la función asistencial, eran médicos «de empresa» por lo que convenía tener presente su función de controlar, conocer y evaluar los cuerpos de los trabajadores en función de sus requerimientos. En un sentido similar, el jefe del servicio médico transmitió a sus colegas que se tenían que ocupar, principalmente, de los trabajadores que desempeñaban tareas orientadas al movimiento de trenes y menos de aquellos que trabajaban en Talleres y en

4 En el sentido de la reproducción de la vida de los trabajadores, en este caso, ya no solo en el ámbito doméstico, sino, también, en el mismo lugar de trabajo.

Vía y obras puesto que no diferían de «otros obreros existentes en empresas distintas.» A fin de cuentas, con la meta en «recuperar el ferrocarril» debían «curar y curar pronto [...] Rehabilitar y restituir al trabajo al funcionario en el menor tiempo posible [...]. Todo lo demás, especialmente la conquista de beneficios sociales, pese a su importancia, debe estar en segundo plano en nuestra actuación» (AFE, 1978). Esa recuperación (relativa) del ferrocarril benefició, como señalé antes, a sectores de la economía impulsados por el gobierno de facto de acuerdo a lo previsto en el Plan Nacional de Desarrollo 1973-1977.

Como decía más arriba, en esos años se ajustaron algunos mecanismos de control de adjudicación de licencias y jubilaciones por causas de salud. Informaba también en las Jornadas Médico Ferroviarias de 1978 Castrillón sobre el efecto positivo de las mismas. Mientras que en 1972 se habían dado un 13,5 % de las licencias solicitadas en 1977 la cifra descendió a 2,6 %.

Sin embargo, de parte de los trabajadores organizados que lograron nuclearse hacia 1983 se presentaron otras explicaciones sobre el problema de los accidentes laborales



Segmento «Vaporita» de la Revista *Rieles*, setiembre de 1977. Este segmento estaba orientado a niños y niñas, pero, en este caso, pretendió servir de ejemplo didáctico para fomentar la seguridad laboral. Un mes después de la publicación de esta viñeta se produjo el dramático accidente en la cantera de Suárez.

y el ausentismo. Por una parte se daba cuenta de las inadecuadas condiciones en las que se desarrollaban las tareas sumado a la arbitrariedad de capataces que abusaban de su autoridad presionando para que las realizaran a pesar de los riesgos a los que se exponían. Como señalaba Bottaro (1985), los trabajadores aceptaban estas condiciones,

poniendo en riesgo su salud, en aras de mantener la fuente de empleo en un contexto de creciente carestía y desempleo (Alvarez, 2023). En el siguiente apartado caracterizaré a la mano de obra que se vio sometida a estos problemas concretos situados en un contexto mayor de significativas transformaciones.

¿Qué pasó en el mundo del trabajo ferroviario durante la dictadura? Los trabajadores entre el ajuste y la persecución sindical

La intervención de AFE en abril de 1973 no fue expresamente resistida por los trabajadores organizados, nucleados en la Federación Ferroviaria. De hecho, la dirección del sindicato —integrada desde diciembre de 1972 mayoritariamente por integrantes de la Lista 9, vinculada al seccional ferroviario del Partido Comunista de Uruguay (PCU)— depositó expectativas en los interventores ya que, inspirados en ideas desarrollistas, podrían traer soluciones a los profundos problemas que afrontaba el sector ferroviarios (Seccional

ferroviario del PCU, 1973). Estas expectativas se expresaron como frustradas luego del golpe de Estado y la huelga general cuando se hizo evidente que las acciones de estos militares coincidían con los intereses de la «rosca oligárquica» liderada por el presidente golpista Juan María Bordaberry (Seccional ferroviario del PCU, 1973).

El 30 de junio de 1973 el local de la UF en el barrio Peñarol de Montevideo fue invadido y de allí se capturó a unas treinta personas,

entre dirigentes y militantes ferroviarios.⁵ A partir de entonces, las dificultades para actuar públicamente fueron deteriorándose. La última publicación de trabajadores ferroviarios organizados de la que se tiene registro data de diciembre de 1973. La siguiente es de diciembre de 1983 y sostiene que estuvieron diez años con la voz *acallada*.

Aún no he trabajado específicamente sobre el proceso represivo por el que se fue desorganizando a los ferroviarios, pero tengo algunas ideas preliminares: varios dirigentes ferroviarios de distintas corrientes habían sido apresados a lo largo de 1971 y 1972 por su participación en conflictos sindicales; pero podría decirse que en términos generales el golpe de Estado de 1973 y la batería de medidas legales que se habilitaron a partir de entonces para perseguir a los trabajadores organizados fueron claves para iniciar el proceso de desorganización. Resulta muy sugestivo un dato emanado del análisis de la evolución del número de trabajadores

de AFE: entre 1973 y 1975 cayó más de un 15 % mientras que entre 1975 y 1976 creció en cerca de un 30 %. El sector que más cayó fue el obrero, donde históricamente había tenido más peso la organización sindical. La caída en el número de trabajadores no respondería con exclusividad a la persecución de los trabajadores, sino, también, a otros factores como enrarecimiento del clima laboral, caída del salario y cambios en los mecanismos de contratación.

Otro momento relevante en la represión fue el operativo Morgan orientado a desarticular lo que quedaba funcionando clandestinamente del PCU, la Unión de la Juventud Comunista (UJC) y el Partido por la Victoria del Pueblo (PVP). De acuerdo a la *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado* entre 1973 y 1985, 17 ferroviarios permanecieron bajo prisión prolongada, 11 de los cuales fueron encarcelados en 1975, año de implementación de la Operación Morgan (Rico, 2008). la mayor

5 El 7 de noviembre de 2024 se informó que la jueza en lo penal de 23.^{er} turno, Isaura Tórtora, procesó con prisión al militar retirado Walter Díaz por su responsabilidad en el asesinato del dirigente ferroviario y militante de la Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales (OPR-33) ocurrido en diciembre de 1973, Gilberto *Trencito* Coghlan. Coghlan fue detenido el 31 de julio junto con Dinora Sosa, Raúl Olivera Alfaro y Roberto Pérez Fernández —todos trabajadores de AFE— cuando estaban organizando un paro general para el 2 de agosto de ese año. De allí fueron llevados a Transmisiones 1, próximo a los Talleres del Barrio Peñarol y luego al Regimiento de Caballería Mecanizada 4, junto con otros cuatro ferroviarios, donde fueron torturados. Coghlan murió en diciembre en el Hospital Militar, luego de haber sido visto en condiciones inhumanas. Véase <https://ladiaria.com.uy/justicia/articulo/2024/11/procesaron-al-militar-retirado-walter-diaz-en-la-causa-que-investiga-la-muerte-de-gilberto-coghlan/>

parte de ellos habían sido integrantes de la Lista 9 (Seccional Ferroviario del PCU) y de la Lista 1, donde habían confluído militantes de la Resistencia Obrero-Estudiantil (ROE) con independientes de izquierdas. Infero que muchos de esos ferroviarios ya habían sido expulsados de su lugar de trabajo y se encontraban lidiando con las dificultades no solo de la persecución, sino, también, de las posibilidades de contar con un sostén económico para ellos y sus familias.

Como decía párrafos atrás, la primera publicación de ferroviarios que encontré luego de este proceso es de diciembre de 1983 y en ella se refieren a una paulatina reorganización que se habría iniciado en 1983 al calor del proceso de conformación de asociaciones profesionales y civiles y, especialmente, la emergencia del Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT).⁶ Cabe destacar también el clima aperturista iniciado con el triunfo del No a la Reforma Constitucional de 1980, las elecciones internas de partidos de 1982 y el evidente agotamiento del modelo económico desarrollado por el gobierno

de facto evidenciado con la llamada crisis de la tablita. Entre los reclamos de estos ferroviarios organizados los más acuciantes eran los problemas económicos y relativos a las condiciones de trabajo. Entre estos, los accidentes laborales. Del análisis de las memorias anuales de la empresa surge que durante el período dictatorial se invirtió la proporción de trabajadores presupuestados respecto de los contratados. Esto significaba mayor inestabilidad en el trabajo y la posibilidad de mayores abusos de poder de parte de capataces y mandos medio, tal como denunció el Comité Provisorio de la UF hacia 1984.

También, a los pocos meses de iniciada la intervención militar, a través de la revista *Rieles* se publicitó enfáticamente la política de contratación de becarios de la Universidad del Trabajo del Uruguay (UTU). Si bien el número total no es tan significativo en relación con el total, es destacable el propio convenio firmado con la institución educativa, pero, también, se presume la intención de quebrar una lógica de ingreso al mundo del trabajo ferroviario reglado desde el período

6 Cabe recordar que los trabajadores estatales no estaban contemplados dentro de la ley de asociaciones profesionales aprobada en 1981 que sirvió de base para que se legalizaran organizaciones sindicales. Sin embargo, esto no impidió que algunos trabajadores estatales como los y las maestras, los y las docentes de la Universidad de la República o los ferroviarios conformaran asociaciones civiles. En el caso de los ferroviarios se conformaron como Comité Provisorio de la Unión Ferroviaria asumiendo esa forma ya que las condiciones dictatoriales instaladas en el país, la proscripción de políticos, el número de destituidos por razones políticas y de presos políticos, exiliados y desaparecidos no permitía más que actuar en esa calidad.



Oficina de administración de AFE. *Memoria anual de 1978.*

En otros documentos de la empresa aparecen imágenes similares en las que se muestra la incorporación de nueva tecnología y la mayor presencia de mujeres, dando cuenta de la «liberación femenina» por medio del trabajo.

de gestión británico —heredado por AFE— en el que se priorizaba a los hijos y familiares de trabajadores ferroviarios en calidad de «aprendices» (Alvarez, 2021).

De acuerdo a distintas fuentes durante la dictadura entró un número significativo de jóvenes y mujeres a AFE lo que, se podría decir, hizo cambiar la composición de esa mano de obra. Este proceso se produjo mientras se buscó modernizar algunos aspectos del funcionamiento de la empresa, por ejemplo, en materia administrativa con la incorporación de técnicas computarizadas. Por otra parte, se impulsó el trabajo en la reparación y ampliación de la infraestructura ferroviaria, desde las locomotoras hasta la vía férrea. La ampliación de la vía estuvo orientada a garantizar el acceso al servicio a algunas industrias en particular como la de la construcción y la arrocera. Estas tareas, en especial en algunos momentos llevó, como decía antes, a una mayor demanda de trabajo podría decirse «zafra» que se resolvió a través de la contratación de personal a través de servicios tercerizados habilitados por la nueva Carta Orgánica aprobada en 1975 (Bertino, Moreira y Díaz, 2015). No es claro aún, de acuerdo a la documentación consultada, cómo se calculaba el número de trabajadores, es decir, si los que aparecen en las Memorias anuales habían trabajado durante todo el año o solo en algún momento.

Más allá de eso, si se tiene en cuenta la inversión de la proporción entre presupuestados y contratados se puede inferir que hubo una política intencional de precarización del vínculo laboral que excede en sí la demanda específica de su trabajo y que, considerando tendencias generales del desarrollo del modelo de acumulación transformándose en la década del setenta, es coherente con él. Así, entre las principales reivindicaciones del Comité Provisorio de la UF conformado en 1983 se encontraba la presupuestación de los trabajadores contratados.

Mientras los trabajadores estuvieron prácticamente imposibilitados de manifestar en público su oposición a las políticas patronales, cayó de manera sostenida el salario real y empeoraron las condiciones de vida las familias de trabajadores. La construcción de series de datos respecto del salario de los ferroviarios por el momento se vio truncada porque en las Memorias anuales de la empresa fue cambiando la forma en la que se registró ese aspecto de la relación obrero-patronal al punto de que prácticamente se invisibilizó. De todos modos, considerando el dato global de las «inversiones» se observa cómo poco a poco fue decayendo el porcentaje destinado a salarios respecto de otros rubros en coincidencia con el aumento del personal. Por otra parte, si tomamos como verdaderos los dichos de los trabajadores

nucleados en el Comité Provisorio de la UF estos señalaron que la caída fue sostenida y aún peor a partir de 1980. Esto se condice, por un lado, con datos generales del salario y también con el proceso de retracción de las recaudaciones de AFE, a la luz de la retracción de las posibilidades de colocación en mercados internacionales los principales rubros transportados en territorio uruguayo por tren.⁷

A su vez, como parte de una política que pretendía hacer disminuir el déficit de la empresa, se restringieron algunos beneficios adquiridos por los ferroviarios décadas atrás. Por un lado, se habilitó a que se descontara un porcentaje mayor del salario en materia de deudas con la Cooperativa de Consumo de AFE (Uruguay. Consejo de Estado, 1977); esto significaba que, aquellos que tenían deudas con el servicio (¿por qué tenían esas deudas?) estuvieran más exigidos en sus ingresos, justamente en un período de deterioro del salario real. La cooperativa tenía importantes deudas desde finales de los sesenta con proveedores que llegaron a negarse a suministrarle productos. Pero, de acuerdo a lo que denunciaban desde la Federación Ferroviaria, las deudas eran consecuencia de

que el Ministerio de Economía y Finanzas, encargado de retener las cuotas de los afiliados, no vertía los fondos a la cooperativa (Alvarez, 2021). Quizá hacia 1977 el problema era otro, pero la solución de aumentar el porcentaje de retención del salario y jubilaciones en un contexto de carestía es el reflejo de una política centrada en la atención del déficit y la rentabilidad empresarial por encima del bienestar de los trabajadores.

Por otro lado, solo con tener en cuenta alguna de las ideas planteadas por los médicos del servicio médico en las jornadas, se puede presumir que los gastos en atención en salud se redujeron o se orientaron también a disminuir el déficit y sacar el mayor beneficio posible de la mano de obra. Para diciembre de 1983, los trabajadores organizados reclamaban la «reestructuración del servicio médico» (Comité Provisorio de la UF, 1983). Los ferroviarios habían luchado desde fines de los sesenta porque el núcleo familiar fuera cubierto por el servicio médico (Alvarez, 2021). Aún no he podido identificar la fecha, pero en diciembre de 1984 en la publicación del Comité provisorio de la UF demandaban por la «integración del núcleo familiar al servicio médico» lo que se habría logrado en

7 Este es un asunto en el que estoy trabajando, por lo que omito presentar información detallada. De todos modos los disponibles en las memorias anuales de la empresa y algunas ideas generales planteadas por Magdalena Bertino y su equipo sostienen esta afirmación.

1985 (Comité provisorio. Unión Ferroviaria, 1984) (AFE, 1985, p. 17). Sobre este asunto sé aún muy poco, pero cabe imaginarse que, en un contexto de caída del salario y aumento de la carestía sumar costos en el servicio de salud (en un período en el que no había políticas de acceso universal) significaba un problema para las familias.

Es importante recordar que gran parte de las políticas desarrolladas durante este período se habían delineado años atrás. Algunas de estas se habían intentado implementar y fueron respondidas por los trabajadores a través de propuestas alternativas que buscaban mantener la misión de AFE como ente estatal con el fin de garantizar el acceso al servicio de transportes a precios populares, en tanto fin social con independencia de la rentabilidad económica. Pero, además, contrapusieron propuestas de desarrollo del sistema de transportes de forma complementaria con el transporte carretero y fluvial para optimizar

los recursos del país, sin perder fuentes de empleo e, incluso, economizando recursos (Alvarez, 2022). Estas propuestas fueron sistemáticamente desoídas al mismo tiempo que se avanzaba en la construcción de rutas en paralelo al trazado de importantes líneas de trenes. En octubre de 1967, el presidente general retirado Óscar Gestido designó como ministro de Obras Públicas a Walter Pintos Risso, titular de la empresa constructora del mismo nombre y vicepresidente de la importadora Horacio Torrendell S. A., especializada en la importación de los aviones Cessna y varias marcas de vehículos. Pintos Risso se mantuvo en la cartera hasta octubre de 1972.⁸ En mayo de 1968, el presidente Jorge Pacheco Areco designó como titular del Ministerio de Transporte, Turismo y Comunicaciones al ingeniero José Serrato Aguirre, integrante de la firma Sampson-Serrato que, con financiación del Banco Internacional, construía la ruta 26, además de integrar el directorio de Ferrosfalt

8 «Durante su gestión como ministro de Obras Públicas, que ejerció con criterio empresarial, inició una política inédita de obras por convenio con empresas privadas de las que llegó a hacer más de mil. Mediante ese sistema, fueron construidas escuelas, hospitales, el trébol y el puente por encima de la ruta Interbalnearia en Atlántida, el primer puente internacional (Paysandú-Colón) y la costanera de Punta del Este, entre otras.» (Intervención del senador Ruben Correa Fleitas en el homenaje por el fallecimiento de Walter Pintos Risso el 18 de marzo de 2003. Véase <https://web.archive.org/web/20160306093237/http://www.parlamento.gub.uy/sesiones/ AccesoSesiones.asp?Url=%2Fsesiones%2Fdiarios%2Fsenado%2Fhtml%2F20030318soo03.htm>)

y Cristalerías del Uruguay (Plenario de Frigoríficos, 1968).⁹ En julio de 1972 la Federación Ferroviaria denunciaba que el ministro Pintos Risso presionaba a AFE para que levantara la vía Maldonado-Punta del Este para comenzar las obras de la carretera que uniría las rutas 9 y 10 sobre la base del acuerdo firmado con el Banco Interamericano de Desarrollo (Federación Ferroviaria, 1972).

El Plan Nacional de Desarrollo 1973-1977 establecía que el objetivo del servicio ferroviario estatal debía ser el de garantizar el transporte de carga pesada, en detrimento

del de pasajeros y cargas pequeñas. Mientras se desorganizó a los trabajadores, se avanzó de forma más o menos sistemática en la implementación de estas medidas. El costo en la vida cotidiana de los trabajadores y sus familias fue la del empeoramiento de sus condiciones de trabajo, una mayor explotación, extensión de la jornada de trabajo, caída del salario real, carestía, peor acceso a bienes de consumo básico, violencia en el trabajo, empeoramiento de la salud y accidentalidad con menores garantías en materia de seguridad social.

9 José Serrato Aguirre es caracterizado como «un innovador. Un gestor moderno abierto a los nuevos vientos de la tecnología. Un administrador eficiente y meticuloso. Impulsor de cambios, de obras y políticas públicas renovadoras y perdurables.» Véase https://pmb.parlamento.gub.uy/pmb/opac_css/index.php?lvl=notice_display&id=106537

Reflexiones finales

Tomando el título del valioso trabajo de Leonardo Giudice, es posible decir que hubo «otros muertos de la dictadura» poco recordados. Estas muertes —en tanto extremo del proceso relacional entre capital y trabajo— más que ninguna, respondieron, en última instancia, al reajuste estructural que vino a imponer la dictadura. En un contexto de restricciones al ejercicio de la libertad sindical, de terrorismo de Estado, de carestía generalizada, de caída del salario y de autoritarismo en distintos niveles de la vida se llevó adelante un plan económico que fue, en términos generales, perjudicial para la clase trabajadora. Esta perdió derechos adquiridos durante décadas y empeoró sus condiciones de vida y trabajo y con esto las de sus familias. El ejemplo abordado, aunque limitado por la escasez de antecedentes específicos y el acceso y opacidad de las fuentes, permite, de todos modos, reflexionar sobre el impacto de cambios estructurales en la vida de las personas y el carácter de clase de la dictadura.

La puja por llevar adelante algunos cambios estructurales había iniciado, sobre todo, a finales de los cincuenta con las primeras

medidas de tinte liberalizador llevadas adelante por los primeros colegiados blancos. Estas se aceleraron durante el «pachecato» y más aún, durante la dictadura, cuando efectivamente se pudo llevar adelante el Plan Nacional de Desarrollo 1973-1977 con sus sucesivos ajustes a la luz de los efectos de la crisis del petróleo de 1973. A estas políticas habían hecho frente los trabajadores organizados, muchos de ellos en el entorno de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) como los ferroviarios. Estos trabajadores organizados resistían a las políticas estatales y patronales fuera de los lugares de trabajo. También, dentro de los espacios laborales, cumplían el papel de contralor ante los potenciales abusos de «la autoridad» (capataces, gerentes, jefes de cuadrillas).

Desorganizados por la fuerza de la represión y la persecución, los trabajadores —cientos de ellos nuevos o nuevas en la industria— quedaron desprotegidos y expuestos a la mayor demanda de trabajo. Sin eufemismos, a la sobreexplotación. Como veíamos más arriba, siguiendo el análisis de la doctora Castrillón factores como la falta de capacitación, las condiciones alimentarias inadecuadas y las

jornadas laborales extensas explicaban, en parte, el número de accidentes. Sin embargo, según las autoridades, la responsabilidad de ir a trabajar a pesar de eso era de los trabajadores. En suma, la obsesión por

la producción al menor costo posible fue costeadada por el mayor sacrificio de la mano de obra que, empobrecida y limitada en su capacidad organizativa, no tuvo más remedio que aceptar esas condiciones.

Referencias

- Administración de Ferrocarriles del Estado (AFE) (1985). *Memoria anual*. Montevideo: Imprenta de AFE.
- AFE. Gerencia de Material y Tracción a Gerencia General (1972). *Información sobre talleres y tracción*. Documento interno. Montevideo.
- AFE. Servicio Médico e Higiene (1976). Trabajos presentados. 1.^{as} Jornadas Médico Ferroviarias. Montevideo: Imprenta de AFE.
- (1978). Trabajos presentados. 3.^{as} Jornadas Médico Ferroviarias. Montevideo: Imprenta de AFE.
- Alvarez, S. (2021). *Entre «moderados» y «radicales». Aproximación a las respuestas colectivas de trabajadores ferroviarios (1967-1972)* (Tesis de maestría en Ciencias Humanas [inédita], Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República).
- (2022). Trabajadores y sindicato en la construcción del «problema ferroviario» antes de la dictadura. *Hemisferio Izquierdo*. Recuperado de <https://www.hemisferioizquierdo.uy/single-post/trabajadores-y-sindicato-en-la-construccion-del-problema-ferroviario-antes-de-la-dictadura>
- (2023). Apuntes sobre condiciones de trabajo y organización colectiva de los/as ferroviarios/as durante la última dictadura civil-militar uruguaya (1973-1985). En *IX Congreso de historia ferroviaria*, Mataró, España. Recuperado de <https://asihf.org/sesion-v/>
- Arce, G., y Olesker, D. (1990). *Las transnacionales y el capitalismo uruguayo: ajuste o ruptura*. Montevideo: Vintén Editor.
- Bertino, M. (2019). Creación y trayectoria de la Administración de Ferrocarriles del Estado (AFE) en Uruguay. En T. Gómez y J. Vidal Olivares, *Los ferrocarriles en América Latina. Historia y legado (siglos XIX y XX)* (pp. 119-154). Buenos Aires: Eudeba.
- Bertino, M., Moreira, C., y Díaz, G. (2015). *Creación y trayectoria de una empresa pública uruguaya: La Administración de Ferrocarriles del Estado (AFE)*. Serie Documentos de Trabajo. DT 13/2015. Montevideo: Iecon, FCEA, Universidad de la República.
- Bottaro, J. R. (1985). *25 años de movimiento sindical uruguayo*. Montevideo: ASU.
- Burawoy, M. (1989). *El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de España.
- Comité Provisorio de la Unión Ferroviaria (1983). *Unión*. Montevideo.
- (1984, diciembre). *Unión*. Montevideo.
- Federación Ferroviaria (1972, julio 20). Hoja suelta.
- Giudice, L. (2010). Los otros muertos de la dictadura. *Los Otros Muertos*. Recuperado de <https://losotrosmuertos.blogspot.com/2010/08/>
- Harvey, D. (2009). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hyman, R. (1989). *Strikes*. Londres: Macmillan.
- Plenario de Frigoríficos (1968, octubre). *Boletín*. Montevideo.
- Ribeiro Barros Silva, A. B. (2022). Acidentes e doenças do trabalho como manifestação da superexploração da força de trabalho no Brasil da ditadura empresarial-militar. En L. Correa, M. Almeida de Carvalho Silva y R. Martins, *Repressão aos trabalhadores e responsabilidade empresarial nas ditaduras do Cone Sul*. Río de Janeiro: PUC.
- Seccional Ferroviario del PCU (1973, setiembre). *Boletín del Riel*, (1).
- (1973, mayo 30). *El Riel*. II época. Montevideo.
- Silver, B. J. (2005). *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid: Akal.
- Rico, Á. (Coord.) (2008). *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado (1973-1985)*. Montevideo: Universidad de la República.
- Uruguay. Consejo de Estado (1977). Decreto-ley n.º 14.723.
- Yaffé, J. (2009). Proceso económico y política económica durante la dictadura (1973-1984). En C. Demasi, A. Marchesi, V. Markarian, Á. Rico y J. Yaffé, *La dictadura cívico-militar. Uruguay 1973-1985*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (2010). Dictadura y neoliberalismo en Uruguay (1973-1985). Ponencia remitida para ser presentada en las *Séptimas Jornadas de Historia Económica*. Montevideo: Asociación Uruguay de Historia Económica.



Cerró Cristalerías del Uruguay

200 trabajadores ocupan desde ayer la planta industrial

Doscientos obreros de Cristalerías del Uruguay quedaron ayer sin trabajo ante la decisión de la empresa de cesar la actividad en plaza, porque la "misma no es rentable".

Ante la resolución de la patronal, los obreros ocuparon de inmediato la planta industrial de Rivera y Solano López.

En la tarde de hoy, a las 17.30 horas, habrá una instancia de negociación en el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, de la que participarán la empresa, el sindicato y jerarquías de la Dirección Nacional de Trabajo.

De acuerdo a lo señalado por Daniel Placeres, prosecretario del sindicato, "Cristalerías del Uruguay tiene un pasivo con la banca privada de 7 millones de dólares". Añadió que los principales de la firma anunciaron que los bienes de la empresa serán vendidos. "Los directivos dijeron que la empresa ya no es rentable y que no tiene sentido seguir produciendo a pérdida", dijo el dirigente gremial.

□ Convocan a los presidenciables

Los trabajadores convocaron públicamente a los presidenciables a "que se hagan presentes acá para que nos



Trabajadores de Cristalerías del Uruguay ocupan desde ayer la planta industrial ante el sorpresivo cese de la producción.

den soluciones, ya que tanto pregonan y hablan de los problemas del país".

Ayer un escribano, a pedido del sindicato, procedió a realizar un inventario de los bienes muebles del interior de la planta —la patronal se negó a hacerlo en forma conjunta— "para que luego no haya ningún tipo de problemas con la empresa. Queremos

ser responsables de la ocupación que hacemos", señaló por su parte el integrante del sindicato, Daniel García.

Una delegación del PIT-CNT, integrada por Gustavo Puig y Eduardo Fernández, se hizo presente para interiorizarse de la situación. Igualmente concurrió la integrante de la Comisión de Asuntos Laborales de la Cámara de

Diputado, Daisy Tourné.

Los trabajadores señalaron que el cierre de la planta traerá consigo angustia de 200 familias, porque bien la firma les expresó que se "pararán todos los haberes, ahora nos quedamos sin trabajo y no existe posibilidad de encontrar uno nuevo debido al elevado desempleo que existe hoy en Uruguay".

Ayer los trabajadores que actualmente cumplen tareas —hay unos de licencia— priorizaron la tarea de difusión de la situación.

□ Sorpresa

Daniel Placeres dijo a LA REPUBLICA que la decisión de la empresa de cesar su actividad industrial, tomó de sorpresa. "Desde noviembre se estaba trabajando con el 50% de producción. Se estaba exportando a Sudáfrica y Argentina. No avisamos que esto pudiera suceder. Los trabajadores apuntábamos a discutir un nuevo convenio ya que el anterior estaba vencido, por lo que el cierre de la planta fue sorpresivo".

LA REPUBLICA procuró contactar con los integrantes de la firma para conocer su opinión al respecto, pero no se encontraban en la planta industrial.

Ultiman detalles de acto del 1º de Mayo

La Mesa Representativa del PIT-CNT decidió que la duración del acto del 1º de Mayo sea de una hora y media.

rie de movilizaciones, que contemplan la profundización en todos sus aspectos de la campaña de movilización de

se completará con la salida de dirigentes de la central sindical al interior del país.

Juan Costillas dijo a

parte artística a cargo de los Diablos Verdes, primer premio del carnaval 1999.

Luego de esto vendrá

Respaldan reclamos de trabajadores cítricos

Diego

Por

Cristalerías del Uruguay: vidrio, resistencia y solidaridad

Federico Vasallo

Cristalerías del Uruguay fue una fábrica de vidrios fundada en 1914 en el barrio Buceo a iniciativa de la familia Gercar. Esta familia, proveniente de Altare, una comuna italiana ubicada en la provincia de Savona, emigró a América a finales del siglo XIX trayendo consigo la larga tradición de los vidrieros altareses (Cristalpet, 2014). En las primeras décadas del siglo XX la ciudad de Montevideo vivió un proceso de expansión productiva, entre otras cosas, del crecimiento de la actividad industrial (Porrini, 2017, p. 51). Asimismo, el desarrollo de la red tranviaria, a finales del siglo anterior, conectó los distintos barrios de aquella ciudad en expansión. El barrio Buceo no quedó por fuera de este fenómeno. En 1877 se amplió el trayecto del Tranvía de los Pocitos hasta llegar al Buceo, y luego, en 1880, este trayecto alcanzaría a la Villa de La Unión (Arana, Lenzi y Bicchiardo, 1986, p. 26). Estos cambios en la movilidad de la ciudad, así como la proliferación de nuevos talleres y fábricas a lo largo de los barrios de la capital, definieron la Montevideo de comienzos de siglo. El desarrollo de Cristalerías del Uruguay fue acelerado en sus primeros años y demandó la incorporación al trabajo de oficiales vidrieros, foguistas y aprendices.

El crecimiento económico de la fábrica fue acompañado por la ampliación de sus instalaciones. Desde un pequeño galpón con un único horno, hasta ocupar la totalidad de casi dos manzanas, entre la planta industrial y sus oficinas administrativas, Cristalerías del Uruguay se hacía cada vez más presente en el barrio Buceo.

En 1930 se inauguró la planta industrial, obra de los arquitectos Revello y Manfredi. Las dos naves rectangulares de gran tamaño donde predominaba el color del ladrillo, característico de la arquitectura industrial de la época, tiñeron de rojo aquella calle Comercio. Presumiblemente, una de sus chimeneas fue construida aquel mismo año; la otra, sobre la cual se inscribía el año 1952, lucía la fecha de su última ampliación (Contreras, 2006, pp. 27-30). Durante gran parte del siglo XX Cristalerías del Uruguay abasteció al mercado local al mismo tiempo que colocó sus artículos de vidrio en mercados de la región. Sus dos chimeneas, ubicadas en la intersección de la calle Mariscal Francisco Solano López (ex calle Comercio) y la avenida General Rivera, caracterizaron durante muchos años el paisaje del barrio Buceo. Bajo su humo industrial desarrollaron su vida miles de trabajadoras y trabajadores, hasta su cierre definitivo en 1999.

Bastión de resistencia obrera

Algunos momentos marcaron la vida del personal de la fábrica. La huelga general fue un hito transversal a toda la sociedad uruguaya, si bien tuvo entre sus protagonistas más destacados a la clase obrera.

Fue el 27 de junio de 1973 cuando el entonces presidente Juan María Bordaberry firmó el decreto que disolvió las cámaras de Senadores y de Representantes, lo que le dio comienzo al primer día de huelga (Bacchetta, 2023). Durante la huelga general las y los trabajadores de Cristalerías del Uruguay, y todo el movimiento obrero organizado, junto con los estudiantes y demás sectores del campo popular, respondieron al golpe que tuvo entre otros el apoyo de la embajada de los Estados Unidos (Porrini, 2013, p. 21). Con una histórica huelga general, paralizando las fábricas y los lugares de trabajo, ejecutaron una resolución de la CNT, ratificada en el Congreso de Unificación Sindical celebrado en 1966.

En este contexto, las y los trabajadores levantaron en Buceo dos grandes bastiones de resistencia

obrero: la propia Cristalerías del Uruguay, y la Terminal de Ómnibus entre la avenida Gral. Rivera y la calle Vanguardia.

El 9 de julio de aquel año, una multitudinaria manifestación desafió abiertamente a la dictadura. Por la avenida 18 de Julio marcharon miles de montevidianos y montevidianas venidas de todos los puntos de nuestra ciudad, demostrando la simpatía popular y la solidaridad con las y los trabajadores en huelga. La represión fue brutal: las fuerzas de choque atacaron con gases lacrimógenos, caballería y carros lanza agua. Como saldo hubo decenas de heridos y centenares de detenidos, muchos de quienes fueron trasladados al Cilindro Municipal (que para ese entonces funcionaba como centro de reclusión) (Chagas y Tonarelli, 1989, p. 74). Varios dirigentes sindicales fueron arrestados e incomunicados, lo que debilitó la conducción central de la huelga que se extendió durante quince días.

Cierre y ocupación

La organización obrera en torno a Cristalerías del Uruguay se enfrentó durante toda su historia a grandes desafíos. El cierre de la fábrica tensó la capacidad de respuesta de sus trabajadores. Sin ser conscientes de ello, aquellos hombres y mujeres fueron protagonistas de un hito que desde el barrio Buceo trasladó sus ecos a toda la ciudad.

Tras profundizarse la apertura económica iniciada décadas antes, con un mayor grado de liberalización y desregulación laboral, las y los

trabajadores del sector industrial en general vieron amenazada su fuente laboral. Entre 1998 y 2003, en nuestro país se perdió el 8,5 % de los puestos de trabajo, de los que la mitad correspondía a la industria manufacturera (Notaro, 2005, p. 35).

En la mañana del miércoles 21 de abril de 1999, doscientas trabajadoras y trabajadores de Cristalerías del Uruguay perdieron su fuente de trabajo, tras la notificación del cierre sorpresivo de la fábrica. Ante la decisión de la patronal, las y

los trabajadores nucleados en el Sindicato Obrero de Cristalerías del Uruguay (SOCU) ocuparon la fábrica durante 407 días. Con dolor y angustia por la pérdida de su fuente de ingresos, emprendieron el camino de la lucha, persiguiendo el sueño de su reapertura.

La solidaridad del barrio, de los gremios, de distintas organizaciones sociales, de la iglesia y de diversos sectores de la sociedad uruguaya fue inmediata. En un sobrio cartel frente a las rejas de hierro de la planta industrial se anunciaba la olla popular que fue el sustento, durante más de un año de ocupación, de las y los despedidos y de sus familias.

Distintas personalidades políticas visitaron la fábrica para escuchar a las y los trabajadores; en un cartel de cartón iban quedando sus nombres registrados. Las pancartas colgadas sobre la histórica calle Comercio anunciaban «Cristalería ocupada, 200 familias en la calle. SOCU, PIT-CNT». Las banderas azules del sindicato con su logo característico flameaban junto a la de otros sindicatos hermanos. La solidaridad era total.

Mientras la empresa afirmaba que el cierre era ya inevitable por la pérdida de mercados donde colocar sus productos y la desventaja competitiva del vidrio frente al plástico, los trabajadores luchaban por demostrar la rentabilidad y

potencialidad de la industria del vidrio en nuestro país, con el objetivo de conseguir financiación para lograr su reapertura.

Finalmente, un grupo de extrabajadores de Cristalerías se volcaron a la experiencia cooperativa de producción. Esta experiencia se sumó a otras y pasó a formar parte de una etapa en la larga historia del cooperativismo productivo en nuestro país (Martí, Thul Charbonnier y Cancela, 2014). Tras este desenlace un número de operarios de la ex Cristalerías pudo recuperar su fuente de empleo en el Parque Tecnológico Industrial del Cerro. Sin embargo, los vecinos del barrio Buceo no dejaron de asistir a la pérdida de una de las industrias que definió durante años su identidad.

El 24 de junio de 2008 se derribaron las dos chimeneas, símbolo ineludible de la actividad industrial que caracterizó al barrio durante casi todo un siglo. En su lugar, hoy, en aquel emblemático espacio de nuestra Montevideo, se levantan tres torres de veintidós pisos cada una (Muñoz, 2008, pp. 35-42).

El rastro material de aquellas memorias aún se vislumbra en la esquina de las calles Solano López y Asamblea, donde se mantiene, restaurada, parte de la fachada de la planta industrial; allí todavía se lee, sobre uno de sus muros: «Cristalerías del Uruguay».

Referencias

- Bacchetta, V. (2023). *Golpe de Estado. Huelga general. Las historias que no nos contaron, 1973*. Montevideo: Sitios de Memoria, Uruguay.
- Cristalpet (2014). *Cien años fabricando envases 1914-2014*. Montevideo: Aguaclara.
- Porrini, R. (2013). *Movimientos sociales*. Montevideo: Nuestro Tiempo.
- (2017). *Montevideo, ciudad obrera. El tiempo libre desde las izquierdas (1920-1950)*. Montevideo: Universidad de la República.
- Arana, M., Lenzi, R., y Bicchiardo, L. (1986). *El Montevideo de la expansión (1868-1915)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Contreras, F. (2006). *Chimeneas sin humo, edificios con memoria. Itinerario industrial por Montevideo*. Montevideo: FARO, Universidad de la República.

Rico, Á. (2005). *15 días que estremecieron al Uruguay. Golpe de estado y huelga general*. Montevideo: Fin de Siglo.

Chagas, J., y Tonarelli, M. (1989). *El sindicalismo uruguayo bajo la dictadura. 1973-1984*. Montevideo: Nuevo Mundo.

Notaro, J. (2005). *Empleo y desempleo en el Uruguay 1984-2005*. Montevideo: Iecon, FCEA, Universidad de la República.

Martí, J. P., Thul Charbonnier, F., y Cancela, V. (2014). Las empresas recuperadas como cooperativas de trabajo en Uruguay: entre la crisis y la oportunidad. *CIRIEC, Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*, (82), 5-28.

Muñoz, D. (2008). El futuro un lugar histórico. *Construcción*, 11(6), 35-42.



Planta industrial ocupada, 1999.
Fotografía aportada por Claudio Carbajal.

La Aurora, pulso textil de Capurro

Federico Vassallo

El antiguo complejo industrial de La Aurora, en Capurro, se puede entender como un «lugar de memoria» en el sentido que le da Pierre Nora (2008).¹ Este espacio incluye vestigios materiales, simbólicos y funcionales de un polo de desarrollo industrial. La fábrica, que en su momento fue un centro neurálgico de la producción textil y del movimiento obrero organizado, se ha transformado en un artefacto capaz de condensar en sí mismo las memorias de sus trabajadoras y trabajadores, familias y vecinos.

Las edificaciones de La Aurora evidencian el irreversible paso del tiempo e interponen distintas memorias sobre un mismo espacio físico. El recuerdo del barrio, de las familias, de las y los vecinos, del trabajo, de las luchas obreras y de la segregación de la población afrouruguaya² se entretejen en este lugar de Montevideo. Así, La

Aurora se ha convertido en un espacio abierto a múltiples significaciones.

Capurro guarda la historia de sus antiguas textiles. Desde varios puntos del barrio se puede leer aún, inscripto en el tanque de abastecimiento de agua de la exfábrica, el sello de «La Aurora, José Martínez Reina S. A.».

La vida del barrio estuvo desde los primeros años del siglo xx ligada a esta actividad industrial. La calle Uruguayana, hasta el margen del arroyo Miguelete, fue testigo de dos importantes empresas vinculadas al rubro textil: Campomar³ y La Aurora. Tres edificaciones a ambos lados de la calle componían el acervo industrial de la firma Martínez Reina, que comenzó su actividad productiva en 1910.

-
- 1 Los *lugares de memoria* son construcciones que necesitan de una voluntad de memoria. Una memoria atravesada de recuerdos y olvidos, de la posibilidad de enunciarlos, y también de la disponibilidad de interlocutores dispuestos a otorgarles valor. Las entrevistas que hicimos y a las que pudimos acceder gracias a la disposición de Mariana Castelnoble y de Martín Grosso, integrantes del proyecto *Capurro textil* (LABTEE, 2024) reflejan esta voluntad de visibilizar un aspecto del barrio que se teme que se olvide con el paso de los años.
 - 2 Durante la dictadura civil-militar, en 1975, uno de los edificios de La Aurora fue adquirido por el Banco de Previsión Social y cedido a la Intendencia de Montevideo. Sus instalaciones se usaron para albergar, desde 1978, a las familias desalojadas de los conventillos Mediomundo y Ansina. Estos desalojos respondieron a una política sistemática de segregación y de desplazamiento forzoso sobre la población afrouruguaya. Ese espacio del barrio Capurro pasó a ser conocido durante años como Hogar Martínez Reina, hasta su clausura en 1995 (Martínez Araujo, 2010).
 - 3 En la actualidad, funcionan en el edificio de la ex fábrica de Campomar tres colectivos culturales con profunda vinculación barrial.



Grupo de militantes que inició huelga de hambre. Fotografía extraída del diario *La República*, 5 de setiembre de 1989.



Olla sindical durante el conflicto. Fotografía extraída del semanario *La Juventud*, 28 de junio de 1991.

El crecimiento acelerado de la producción textil estimuló el crecimiento de esas instalaciones y La Aurora llegó a contar con más de mil asalariados

en sus distintas secciones. Allí fueron empleados núcleos familiares enteros vinculados al barrio (Sapriza, 1994).

Cierre, ocupación y huelga de hambre

El cierre de la textil tensó Capurro. Ya desde los años sesenta, la industria atravesaba en nuestro país una importante crisis, luego de un proceso paulatino. La reducción del empleo impulsó la lucha sindical: los textiles se organizaron en el Congreso Obrero Textil (COT) a partir de 1955, pero la situación siguió empeorando. A lo largo de la siguiente década enfrentaron constantes conflictos laborales, con reiteradas reducciones salariales, despidos y pérdida de derechos, en un contexto cada vez más autoritario. En 1968, la industria textil ocupaba a 22.905 obreros, mientras que en 1988 esta cifra descendió a 15.518 (Camou y Maubrigades, 2009, pp. 16-17). Tras la salida de la dictadura la situación del empleo mejoró en términos generales, y alcanzó su pico en 1998. Sin embargo, el empleo en el sector textil continuó en descenso (Notaro, 2005, pp. 31-33).⁴ En 1989 el envío al seguro de paro de las y los trabajadores de La Aurora derivó en una huelga de hambre.⁵ Se acercaban los últimos años de su vida productiva.

El lunes 4 de setiembre, en el establecimiento industrial, seis huelguistas comenzaron un ayuno

que duró catorce días. Entre ellos se encontraban el entonces secretario general del COT, Juan Ángel Toledo, y los militantes de la Unión de Obreros y Empleados de La Aurora, Eduardo Scopice, Mario Estela, Catalina Soria y Julio Labadie. Durante la huelga, recibieron atención médica de la Policlínica de La Teja y del Sindicato Médico del Uruguay, además del invaluable apoyo del barrio.

Por aquel entonces, cerca de cuatro mil trabajadoras y trabajadores del sector textil se encontraban en seguro de paro. La crisis se hacía evidente y el compromiso de la dirección de la empresa de reapertura sin despidos se hacía esperar.

Si bien el trabajo en la fábrica se retomó en aquella oportunidad, el 14 de enero de 1991 La Aurora cerró sus puertas y su personal fue enviado otra vez al seguro de paro. Como medida frente a esta situación, en la intersección de las calles Uruguayana y República Francesa, el sindicato levantó un campamento. Nuevamente se hizo presente la solidaridad del barrio y de los demás gremios, y la olla sindical fue el sustento de las familias trabajadoras. Tras cinco meses de

4 Véanse Walter Cancela y Alicia Melgar (1986) y Jorge Notaro (2005).

5 Carlos Mora (2013) aporta un acercamiento panorámico que enmarca las huelgas de hambre en un mecanismo de acción colectiva, con fuertes raíces simbólicas, políticas y culturales. Se refiere, entre otros, al caso sindical.

huelga y con la inminencia del fin del seguro de paro y la pérdida de 450 fuentes de empleo, se resolvió comenzar el 19 de junio una nueva huelga de hambre, esta vez en la parroquia Inmaculada Concepción en la calle Zufriategui. A pesar de esto, el cierre de la empresa fue inevitable.

Las y los protagonistas de estas memorias dejaron una impronta que trasciende el tiempo.

La lucha de las y los trabajadores de La Aurora no solo fue un intento por preservar sus fuentes de empleo, sino también por defender la dignidad de toda una comunidad obrera, que encontró en la fábrica un eje estructurante de su vida cotidiana. Allí donde antes hubo telares, obreras y obreros, hoy quedan testimonios, relatos y recuerdos.⁶

Referencias

- Camou, M. M., y Maubrigades, S. (2009). Tejiendo una historia: evolución de la industria textil uruguaya, 1898-2000. *H-industri@, Revista de historia de la industria argentina y latinoamericana*, 3(5). Recuperado de https://www.academia.edu/105279751/Tejiendo_una_historia_Evoluci%C3%B3n_de_la_industria_textil_uruguaya_1898_2000
- Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental (LABTEE) (2024, abril 9). *Capurro Textil: Una historia obrera*. Audiovisual de Rodrigo Vidal Faracchio.. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=OdgxbM5PgIo>
- Martínez Araujo, B. (2010). *De la afiliación en la precariedad a la exclusión en la periferia: las familias que habitaron el Hogar Martínez Reina y la influencia de las acciones de desalojo y realojo en la producción de subjetividad* (Tesis de Licenciatura en Trabajo Social, Universidad de la República). Recuperado de https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/9636/1/TTS_MartinezAraujoBelisa.pdf
- Mora, C. (2013). Un acercamiento sociológico a las huelgas de hambre. En *xxix Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*. Santiago de Chile. Recuperado de <https://www.academica.org/carlosndu/2.pdf>
- Nora, P. (2008). *Los lugares de la memoria*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Notaro, J. (2005). *Empleo y desempleo en el Uruguay 1984-2005*. Montevideo: Iecon, Universidad de la República.
- Sapriza, G. (1994). *El mundo del trabajo a través de los archivos de empresa*. Documentos de Trabajo, 8. Montevideo: UM, FCS, Universidad de la República.
- Walter, C., y Melgar, A. (1986). *El desarrollo frustrado. 30 años de economía uruguaya (1955-1985)*. Montevideo: CLAEH-Ediciones de la Banda Oriental.

6 Para la elaboración de este trabajo se consultaron los diarios *La Hora Popular*, *La República* y *El País*, además del semanario *La Juventud*. A su vez se recurrió a variados testimonios recogidos en entrevistas a ex trabajadoras y trabajadores de las textiles, vecinos y vecinas, y otros protagonistas de estas memorias.

